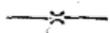


Juan Marina



TOLEDO

*Tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes
de la imperial ciudad*

Ilustraciones de

LUIS GARCÍA SAMPEDRO



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVIII

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DÉCIMO CUARTO

— x —

TOLEDO

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.
- II. — VITAL AZA. — *Bagatelas*, poesías.
- III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Ágata*, novela.
- IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y futuro*.
Nuevos cuentos.
- V. — FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada*.
(Cuentos, bocetos y semblanzas).
- VI. — EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*, novela.
- VII. — M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.
- VIII y IX. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomos I y II.
- X. — CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.
- XI. — NARCISO OLLER. — *El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.
- XII. — JUAN OCHOA. — *Un alma de Dios*, novela.
- XIII. — ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tomo III y último.
- XIV. — JUAN MABINA. — *Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.

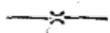
EN PREPARACIÓN

- VITAL AZA. — *Ni fu ni fa*, versos.
ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.
CARLOS FRONTAURA. — *El cura, el maestro y el alcalde*, novela.
MIGUEL RAMOS CARRIÓN. — *Zarzamora*, novela.

Y otros de

ALTAMIRA (Rafael); BECERRO DE BENGOA (Ricardo); COELHO (Trindade), traducción del portugués; MORERA Y GALICIA (M.); OLLER (Narciso); THEBUSSEM (Dr.); VALERA (Juan); etc., etc.

Juan Marina



TOLEDO

*Tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes
de la imperial ciudad*

Ilustraciones de

LUIS GARCÍA SAMPEDRO



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVIII

ES PROPIEDAD

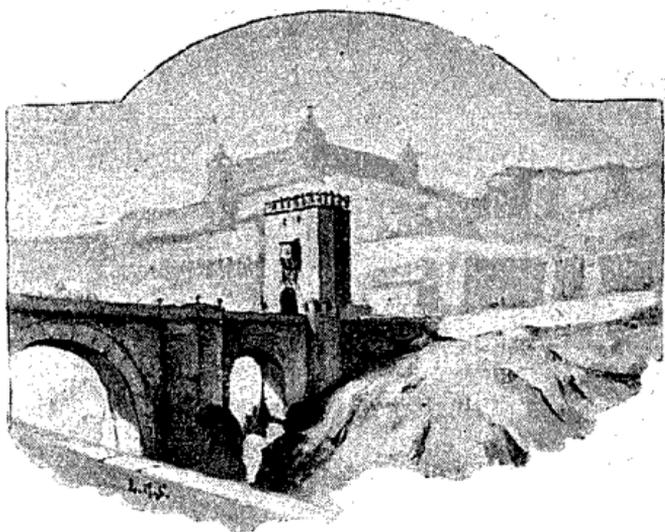
A mi hermano Julio

*Mientras en los campos de la ingrata Cuba
peleas sosteniendo el honor de la bandera espa-
ñola, tu imaginación se representa, seguramente,
á Toledo, donde conmigo pasaste tus mejores años.*

*Al publicarse estas páginas sobre Toledo, mi
cariño no olvida un momento al hermano ausente.
Si nuestros pensamientos coinciden ¿á quién sino
á tí debe dedicarse este libro que viene á simboli-
zar su punto de unión?*

*Recíbele, pues, como débil prueba del cariño
que te profesa*

JUAN



Toledo

TRADICIONES, DESCRIPCIONES, NARRACIONES Y APUNTES
DE LA IMPERIAL CIUDAD

I

Muchas poblaciones en España conservan espléndidos recuerdos de las grandezas pasadas, que constantemente atraen á la mente del que las contempla las páginas de la accidentada y gloriosa historia de la patria española.

Tradiciones populares, leyendas fantásticas, hechos heroicos, el arte y el gusto, en fin, esparcidos por doquier: todo esto, repetimos, encuéntrase en muchas pobla-

ciones de España; pero en ninguna existen en tan gran número ni pueden compararse en belleza, á decir verdad, con los que contiene la imperial ciudad.

¡Cuánta poesía encierran los muros de Toledo! ¡Cuántas riquezas artísticas se esconden dentro de sus murallas, tres veces edificadas por otros tantos pueblos que la poseyeron! ¡Cómo asaltan al corazón diversos sentimientos de admiración y temor, de alegría y tristeza mezclados, al recorrer su intrincado laberinto de calles, todas estrechas y dispuestas para sostener la lucha hasta el último momento con los que intentarían apoderarse de la *Toletum* de los romanos, de la *Tolaitola* de los árabes!

Parece, al visitarse Toledo, como si todas las épocas, todas las luchas de nuestra historia, todas las grandezas y todas las desdichas de la patria, tomaran vida y se presentaran á nuestra atónita contemplación en los resplandores de una linterna mágica ó en los delirios de una imaginación calenturienta.

Lo que hace á la Ciudad de los Concilios más hermosa, más apreciada, más

poética y más admirable, no es otra cosa sino el conservarse en la actualidad en muy semejante estado al que tenía hace siglos. El plano topográfico es el mismo; sus calles no han ensanchado; sus edificios son como los de la antigüedad, con raras excepciones. A no verse transitar los modernos hijos de Marte con sus brillantes uniformes, y los habitantes de la ciudad con los feos trajes modernos de corte francés ó inglés, pudiera creer fácilmente, el viajero, que se hallaba en la Toledo antigua; y, dada la diversidad de estilos, edificios y monumentos, y las épocas que representan, imaginarse que al volver una esquina se ha de encontrar, ora algún grupo de árabes que reposadamente, el blanco alquicel flotando al aire, se dirigen atravesando la puerta de *Bibshara*, á la esplendente y hermosa vega que fertiliza y lame el anchuroso Tajo; ora algún soldado de Alfonso VI, de dura fisonomía y atléticas formas, que recorre asombrado la ciudad momentos antes conquistada á los hijos de Alá; y el rumor lejano que la corriente del Tajo produce al deslizarse por su cauce, antojársele el ruido del ejér-

cito que marcha, siguiendo á Juan de Padilla, á luchar contra el absolutismo y por las libertades patrias, en los campos de Villalar.

Reflejos sus monumentos de distintos pueblos, de opuestas religiones, de varias necesidades, son mudos testigos de luchas y crímenes, de empresas nobles y descabelladas; representan en los conservados muros, en los capiteles de sus torres, en las rejas de sus casas, en los artísticos edificios, en los numerosos templos, en las múltiples encrucijadas de sus calles, el sello que cada pueblo, cada civilización y cada fanatismo les impuso.

Pudiera sintetizarse la historia, la vida y el arte de Toledo, en dos ideas: la guerra y la religión. Lo mismo en la antigüedad que en nuestros días, estos elementos la han dominado y ejercido influencia sin límites sobre ella. El dios de las batallas ha visto dentro de los muros de Toledo cuantos elementos de destrucción humana han poseído los que tierra española habitaron: la idea religiosa ha tenido templos para muchas de sus manifestaciones. Por el primer concepto aparece la ciudad edi-

ficada desde luego en lo más alto y dominada por su grandioso alcázar, fortaleza á la vez, y defendido el recinto de la población por elevadas murallas. En momentos de apuro podían servir de seguro abrigo á los que en la vega tenían sus mansiones de recreo ó sus hogares modestos: establecida la alarma, corrían á refugiarse en la elevada roca sobre que Toledo está asentada, y las puertas de las murallas se cerraban tras ellos para no abrirse sino después de ruda, titánica y terrible lucha. La religión edificó altares para todos los dioses, desde los célticos hasta el Crucificado. Los alarifes toledanos han fabricado templos á los manes romanos; mezquitas al mahometismo; sinagogas á los judíos; y, sobre todo, la inimitable catedral y sus múltiples iglesias al cristianismo. Muchas veces se han teñido las calles con sangre humana al chocar estos dos ideales, la guerra y la religión; y luchas inhumanas y encarnizadas se han verificado á impulsos del fanatismo religioso.

Influencia sin segundo ha ejercido Toledo en la civilización y progreso de nuestra patria y del mundo entero. De

ello nos quedan muestras inapreciables, así como del poder creador de sus artistas, de las inspiraciones de sus poetas, de las obras de sus pintores, de las construcciones de sus arquitectos. En Toledo dejaron claro vestigio de sus talentos, de su genio ó de su habilidad, Juan de Borgoña, Gabriel de Ruedas, Mariano Maella, Agustín Navarro, Juan Alfón, Bernardino Bonifacio, Lucas de Holanda, Francisco Bayeu, Pedro Orrente, Francisco Basano, Rici, Lucas Jordán, Nicolás de Vergara *el Viejo*, Domingo de Céspedes, Francisco Camontes, pintores; Rodrigo Alfonso, Alvar Gómez, *Meir Abdeli*, Alonso de Covarrubias, Enrique Egas, Pedro Gumil, Juan Guas, el ilustre constructor de San Juan de los Reyes, arquitectos; Berruguete, Aleas, Copín Diego, Copín Miguel, Catalá, Troyán Aleas, Diego Velasco, Mariano Salvatierra y el mismo Churriguera, escultores; Gregorio Pardo, Gregorio López, Durango, Oliveres, Maese Pedro, tallistas; Juan Francés, Maestro Domingo, herreros; Gusquin de Utrech, Cuesta, Vergara, Campo, con sus artísticas vidrieras; y tantos otros como pudiéran-

mos, á no ser prolijos, enumerar. Literatos tan notables como Juan de Mena, Garcilaso de la Vega, Rojas, Moreto, Baltasar Eliseo de Medinilla, Hernán Pérez del Pulgar, y muchos otros que contribuyeron en gran modo al desarrollo de la literatura española, vieron su luz primera en la histórica cuanto notable Toledo.

Tantas riquezas artísticas atesoradas, tantas civilizaciones sucediéndose y tanta inspiración vertida á cada paso, hicieron ser á Toledo, en todas épocas, una de las poblaciones más cultas de España y aun de Europa; cultura que influyó poderosamente para que tuviera franquicias, fueros y privilegios como muy pocas poblaciones lograron tener en tiempo alguno; y estos fueros que representan libertades para los naturales y pobladores de Toledo, hicieron de la imperial ciudad altar donde se mantuvieron siempre vivas las libertades patrias. Cuantas ideas grandes y justas existieron, otras tantas patrocinó Toledo, en cuya población, si es cierto se cometieron atropellos indignos por reyes como D. Pedro I, también pagaron con su vida el amor á la libertad

varones tan esforzados como D. Juan de Padilla.

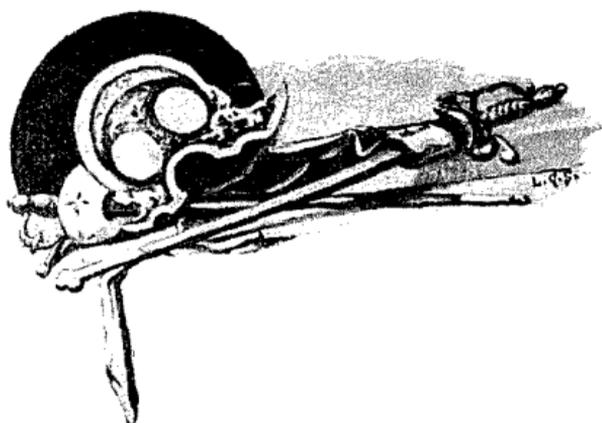
* * *

Mucho y muy notable se ha escrito acerca de Toledo, y atrevimiento es, y grande, el emborronar unas cuartillas sobre el mismo asunto. Profundos estudios se han hecho acerca de Toledo; hermosas obras literarias, tanto poéticas como novelescas, han inspirado las múltiples leyendas y tradiciones que en boca del pueblo ó en los archivos existen; y pintorescas descripciones se han repetido de la ciudad, de sus monumentos y de sus alrededores; descripciones en las cuales el color y la exactitud es tal que fácilmente podrían trasladarse al lienzo por un pintor; cuyos trabajos todos, ó la mayor parte, se han llevado á cabo por los más ilustrados literatos de nuestra patria.

En disculpa de este nuestro atrevimiento, manifestaremos que estas páginas no igualan á tantas como sobre Toledo se han escrito; pero son exacto reflejo de las impresiones subjetivas que la histórica

ciudad nos ha causado al contemplar los espléndidos edificios, las múltiples y esbeltas torres, los pintorescos alrededores, las numerosas leyendas y tradiciones populares, la importante historia y las variadas y poéticas siluetas de la ciudad conocida con el nombre de *Roma española*.





II

La calle de las Armas

Vencedora espada,
de Mondragón tu acero,
en Toledo templada.

En la parte norte de la célebre plaza de Zocodover y camino del no menos famoso *Miradero*, tiene su comienzo la calle llamada *de las Armas*. Corta en extensión, es en la actualidad de las más anchas con que cuenta Toledo, y seguramente la de más tránsito, por hallarse en la subida de la estación y de la *Puerta Bisagra*, por la que tienen entrada en la población sus principales paseos y las más importantes carreteras de la provincia.

Si siempre ha sido igual en importancia la referida calle, no lo ha sido en cuanto á dimensiones, pues hasta hace pocos años era un callejón de estrechura inverosímil, por estar el terreno que en la actualidad la constituye, casi ocupado por una manzana de casas que daba también lugar á la existencia de otra calle liliputiense, conocida con el nombre de *callejón de la Lamparilla*, cuyas dos calles desembocaban en el *Miradero*.

Derribada la mencionada manzana, quedó una calle bastante ancha, que conservó el nombre *de las Armas*, como recuerdo, acaso, del sitio en que durante largos siglos estuvieron establecidos los artífices que constituían el preeminente y por todos elogiado *Gremio de Espaderos Toledanos*, cuya importancia, franquicias y privilegios no son para narrados; conquistados todos ellos por la fabricación de espadas que, con el nombre de sus fabricantes, llevaba el valor de los españoles por doquier, la gloria de la patria, y en todas cuyas proezas ejerció singular influencia la habilidad de los que entre el humo de las fraguas y el ruido

de los martillos, conseguían hacer el temple de las espadas digno del corazón y la valentía de los que habían de esgrimir las.

De extrañar es no haberse escrito apenas, y, por tanto, existir escasas noticias de las dos industrias que hicieron preeminente á Toledo sobre todas las poblaciones industriales de los siglos xv, xvi y xvii; los tejidos de seda y la fabricación de espadas. Nadie aventajó á los tejedores toledanos en dar color á aquéllos, los cuales, amén de otras muchas perfecciones, se distinguían por el tono y finura de los tintes, que en vano pretendían imitar los de Valencia, Murcia y otra porción de poblaciones que en dicha industria sobresalían por aquellos tiempos. Otro tanto acontecía con la fabricación de armas blancas, cuya fama llegó á todas partes, y cuyos productos fueron conocidos y apreciados en todas las regiones de la península, y aún en muchas de Europa, de cuyas principales capitales hacían importantes pedidos á los armeros de la ciudad imperial; intentando, también en vano, imitarlas otros armeros no menos peritos, que ejercían su industria

en diversos puntos de la península. De esta legítima fama, tan antigua como justa, pueden vanagloriarse los toledanos, puesto que aún se conservan los productos de sus antiguos espaderos, no obstante los siglos, como si apenas hubiera transcurrido el tiempo, popularidad y nombre de que goza la fábrica que el Estado posee; cuyos productos, de una calidad superior á todo encomio, pueden compararse á los que la industria particular producía en las referidas épocas.

Escasas noticias han llegado hasta nosotros de gremio tan apreciado y floreciente en otros tiempos. Hemos consultado en vano una porción de autores, entre otros el notable historiador toledano Martín Gamero, ilustradísimo y competente como pocos, el cual menciona únicamente el gremio de espaderos, sin hacer disquisición ni investigación alguna, si bien es presumible su curiosidad y deseo de dar noticias del mismo. Sólo en el último tercio del siglo pasado, el erudito don Francisco de Santiago Palomares, deseoso de averiguar algo de este asunto, hizo un trabajo que manuscrito se conserva en la

Academia de la Historia (1), en el cual da algunas noticias; á cuyo trabajo y á la escasa tradición que existe habremos de acudir para la confección del nuestro, como hubo de hacerse cuando se formó el catálogo de la Real Armería, llevado á cabo por personas peritísimas.

Hace algún tiempo concebimos la idea de practicar algunas investigaciones acerca de esta materia, movidos, más que por otra causa, por no haberse tratado, y ser, por tanto, desconocida para la generalidad. Hubiéramos desistido muchas veces de este nuestro empeño, dadas las dificultades que se nos presentaron, si no nos hubiesen animado á llevarlo á cabo personas eruditísimas, manifestándonos

(1) *Noticia de la fábrica de espadas de Toledo que por tantos siglos existió hasta fines del XVII en que acabó, y del mérito que tenían aquellos artifices armeros para trabajarlas y templarlas, aceros que usaban y otras particularidades que las hicieron tan famosas en todo el mundo como apetecidas al presente, y de la que por el Rey nuestro señor, que Dios guarde, se estableció en esta ciudad año de 1760; por D. Francisco de Santiago Palomares, escribano mayor de primeros remates de rentas decimales de Toledo y su arzobispado.*

el gusto con que verían tratada esta cuestión; así como la curiosidad que tienen otras muchas de conocer lo que se refiere á la misma, movidas por el crédito y renombre antiquísimo de las armas toledanas. Hemos de advertir, sin embargo, que no ha de ser éste un artículo erudito, pues no hay necesidad de remontarse á luengos siglos ni hacer profundas disquisiciones históricas para demostrar que, de muy antiguo, fué conocida y apreciada la fábrica de armas de Toledo (1).

* * *

Recibió en todos tiempos el nombre de *calle de las Armas* aquella en que tenían establecida su industria casi todos

(1) «El poeta Gracio Talisco, autor extranjero, — dice el erudito Palomares, — que floreció muchos años antes de J. C., en el tratado *De Venatione*, versículo 341, se refiere á ellas cuando dice: *Ima Toletano præcingant ilia cultro*. De este poeta hace mención Ovidio en la última epístola del *Ponto ad Invidu*, diciendo: *Apta que venanti Gratius arma daret*. Otros muchos poetas y autores, tanto antiguos como modernos, aluden á esto mismo.

los espaderos. Ocupaban la parte baja de las casas, y se componían, por lo general, los talleres, de una espaciosa habitación ennegrecida por el humo de las fraguas, en la cual, á más de éstas y de los yunques necesarios, existían cubos de madera angostos, como de cuatro quintas partes del largo de la espada, llenos de agua clara y fresca del Tajo; un montón de arena del mismo, colocado cerca de cada fragua; y por doquier, pendientes de clavos, en las paredes, profusión de plantillas, hojas, empuñaduras, espadas terminadas, dagas, cuchillos, armaduras, puntas de lanzas, picos, alabardas, espuelas y otra porción de objetos que allí se fabricaban; algunos de los cuales, los más esmerados y pulimentados, se conservaban en las alacenas de otra estancia con puerta á la calle, que constituía la lonja. En otra habitación estaban las piedras de amolar para sacar el filo de fábrica; y allí también se ocupaban, los acicaladores en su trabajo (1).

(1) En realidad no existen noticias acerca de la distribución de los talleres, ni de cómo se hallaban en aquellas épocas. La anterior descripción

Cada espadero tenía sus amigos y partidarios entre las personas notables de Toledo, y cada cual elogiaba los trabajos realizados por aquél cuya habilidad más admiraba. Empeñábanse, acerca del mérito de alguno, animadas polémicas, que no pocas veces terminaron haciendo práctica prueba sobre el contendiente del temple de la espada que ceñían los que por Zocodover paseaban los célebres *Martes*, en espera de la hora, ya de encaminarse á la catedral, ya de ir en busca de alguna galante aventura.

Reuníanse, después de pasear por el Cambrón ó la Vega, y antes del toque de oraciones, los principales señores toledanos, especialmente los jóvenes, en el taller de algún armero. Discutíase allí acerca de las cualidades de alguna hoja de otro

la hacemos teniendo en cuenta, por una parte, los objetos y artefactos necesarios para la fabricación y por otra que, según hemos tenido ocasión de averiguar, tenían un aspecto muy semejante al de algunos establecimientos de clavería y fraguas que aún existen en Toledo como hace siglos. Esto nos ha movido á hacer la precedente descripción, que, si no exacta, por las razones antedichas, tiene carácter de verosimilitud.



maestro, se probaban las que poco antes había forjado aquél en cuya casa estaban, y se pasaba el rato entre la charla más ó menos culta, algún que otro chiste de mayor ó menor ingenio, á veces la lectura de tal composición de cualquier poeta de los que en Toledo abundaban; y, sobre todo, se murmuraba y repetían cuantos chismes, enredos, historias y acontecimientos tenían lugar en el día, á los cuales se hacían los comentarios consiguientes, mientras el maestro y sus oficiales se dedicaban á sus consuetudinarias faenas.

Al existir multitud de armeros y, por tanto, lo que llaman los economistas *libertad de concurrencia*, es fácil suponer el esmero con que cada cual trabajaría, y los esfuerzos que harían para que superaran sus armas á las de los demás, ya que el crédito adquirido por cada cual era lo que las hacía ser más apreciadas y buscadas, puesto que los compradores de todas partes acudían á adquirirlas en la lonja del más afamado, no ya por docenas sino por cientos.

Constitúan los espaderos un gremio

bastante numeroso y lucido: cada cual labraba en su casa y templaba con el mayor primor por la autoridad que se les seguía. Encontrábase todo el gremio tan unido y compacto, sin más rivalidades que las de sobresalir por su habilidad, que se comprende llegara á tener gran renombre é influencia. Esta unión les valió no pocas veces para serles concedidos de antiguo muchas exenciones y privilegios, tales como los consistentes en no pagar los derechos reales de alcabala y otros muchos que se causaban por la venta de sus espadas, y los del hierro, acero y otros artículos que gastaban en sus fábricas; exenciones extensivas á otros artesanos cuyas industrias dependían de la que nos ocupa, tales como los has-teros que llevaban á Toledo las astas para lanzas, alabardas, picas y espontones; madera de haya, cueros y conteras para las vainas, etc. (1); cuyos privilegios tuvieron durante largo número de años.

Manténfense los individuos de este

(1) Puede verse, á propósito de esto, el manuscrito de D. Francisco Santiago de Palomares, en otro lugar citado.

cuerpo ó gremio, ricos con el producto de su trabajo, y eran todos de honradez proverbial. Algunos de los que sobresalían, obtenían mercedes para sí; entre otras, y la más apreciada, el título de *espadero del rey*, sumamente honroso y que grababan con todas sus letras en el canto del recazo. Ostentaron este título, Nicolás Hontuño, Juan Martínez, Antonio Ruiz, Dionisio Corrientes y otros muchos cuya enumeración sería prolija.

Pasaban, el oficio y la reputación, de padres á hijos, y aun á nietos y biznietos, como aconteció con José de la Hera, cuya fábrica y marcas llevaron cuatro generaciones; Hontuño Aguirre, cuya fábrica y marca parecida, llevaron su hijo y su nieto Nicolás Hontuño y Aguirre por el año 1637.

* * *

De las cosas más curiosas es el procedimiento que para la fabricación usaban, no muy diferente del seguido en la actualidad por la fábrica que el Estado posee y por otras particulares en la imperial ciudad.

No sólo por el vulgo, sino por muchos autores, se ha creído existía secreto en la manera de fabricar antiguamente las armas, y con especialidad en el temple del acero; cosa que no es cierta, pues jamás tuvieron secreto alguno los espaderos toledanos. Buscando el origen de las propiedades que caracterizan á los aceros templados en Toledo, se les han atribuído varias causas. Quien cree son debidas á las aguas del Tajo, que han servido siempre para este uso; quien las atribuye á las cualidades especiales de los aceros empleados. Nuestra opinión acerca de este punto es que las cualidades sobresalientes de las hojas de espadas, dagas, picas, alabardas y demás artículos de fabricación toledana, eran debidos únicamente á la habilidad ó pericia de los artífices, los cuales, á fuerza de tiempo y de práctica, y de ver á sus maestros hacer constantemente lo mismo, adquirirían el punto necesario en el temple. En comprobación de esta opinión nuestra, y del secreto creído por algunos, transcribimos lo que dice el señor Palomares: «Algunos han creído que los armeros toledanos tenían secreto

reservado para el temple de sus armas, pero se engañan; pues nunca usaron más que el agua del río y la observación del método que tenían para fabricarlas;» y en otro lugar atribuye estas condiciones á derretirse las partículas de oro de las arenas que venían á formar un cuerpo con el acero. Creemos más verosímil nuestra opinión, puesto que, á preguntar á los espaderos, tanto antiguos como modernos, la razón de las operaciones de su arte, contestarían, encogiéndose de hombros, según el mismo señor Palomares reconoce, que así lo vieron practicar por mucho tiempo á sus maestros, y así continuaban haciéndolo ellos con éxito (1).

Los aceros usados eran los obtenidos en Mondragón (Guipúzcoa), únicos por

(1) En comprobación de esta opinión nuestra, que ha admitido el concienzudo escritor D. H. González en su erudita *Historia de la Fábrica de armas blancas de Toledo*, cita el hecho de haberse fabricado algunas espadas obteniendo el mismo resultado que en Toledo siempre, con el acero y otros elementos que en Londres proporcionaron para probarlo á la comisión de maestros y obreros que en 1873 envió la Fábrica de armas de Toledo, á estudiar la fabricación de cartuchos en la capital de Inglaterra.

entonces en España y celebrados aun uera de nuestra patria, cuyo producto utilizaban también las fábricas de San Clemente, Valencia y Zaragoza.

Componíase la hoja de la espada (como en la actualidad acontece) de dos pedazos de acero, entre los cuales, como corazón de la misma, había otro trozo de hierro, llamado *alma*, del cual se formaba la espiga de la espada. Estos pedazos unidos, eran sometidos al fuego, machacándose hasta quedar completamente forjada la hoja, en cuya maniobra, como en todas las que pasaran por el fuego, usaban arena blanca y finísima del Tajo, de la cual tenían gran porción siempre á mano. «Cuando el hierro y acero de que forjaban la espada estaba hecho ascua y bien caldeado, como debía para su unión y solidez, empezaba á disparar algunas chispas muy vivas y brillantes como estrellitas: inmediatamente la apartaban del fuego, y, tomando un poco de arena, la arrojaban al ascua, con lo que cesaba la salida de las chispas, y luego pasaba al castigo del yunque y martillo el tiempo necesario para su unión» (1).

(1) Palomares, op. cit.

Una vez conseguida ésta, continuaba la forja hasta quedar perfectamente labrada, se limaba el recazo y espiga en la forma ordinaria, y «pasaba la espada al templador, en cuya fragua, y en medio de ella, estaba la lumbré hecha un reguero de tres cuartas de largo, poco más ó menos; y tendiendo sobre él la hoja de modo que, de las cinco partes de su largo, sólo las cuatro percibían el fuego, dejando fuera de él el trozo ó una porción del recazo y espiga, y dando fuego igual á lo demás, estando hecho ascua y de color de cereza, tomaban la hoja, con las tenazas, por la espiga, y la dejaban caer perpendicularmente de punta en un cubo de madera, largo y estrecho, lleno de agua, (de que anteriormente hemos hecho mención). Una vez fría, se sacaba y observaba si se había torcido ó volteado alguna cosa; y si lo estaba, como regularmente sucedía, echaban un poco de arenilla sobre el *tas* ó *yunque*, ponían la hoja sobre él, y con la piqueta en frío golpeaban con tiento y cuidado la parte cóncava de la tal vuelta, continuándolo después por su largo hasta quedar la hoja completamente derecha.

Después volvía al fuego, participando de él únicamente aquella quinta parte que antes no lo recibió; y estando fogueada y de color de hígado, esto es, cuando quería hacerse ascua, la tomaban con las tenazas por la espiga, y desde el recazo hasta la punta daban una pasada de sebo de carnero ó macho en rama, esto es, riñonada sin derritir, y alguno empezaba á arder lo untado, y así se arimaba la hoja á la pared punta arriba, hasta que se apagaba y enfriaba. Con esta operación quedaba el temple un poco revenido, de modo que la hoja nunca brincaba ni doblaba. Ultimamente pasaba la espada al amolador y acicalador» (1).

* * *

Aún hoy existe la fabricación de armas blancas en Toledo; pero ¡cuán diferente de las épocas á que se refieren las anteriores líneas! Poco á poco decayó la fabricación toledana: desaparecieron los maestros afamados hasta el punto de no existir apenas espaderos á principios del siglo pasado. Movidó por las virtudes que la

(1) Palomares, op. cit.

fama á las aguas del Tajo atribuí, ó acaso por el antiguo renombre de las armas toledanas, previo luminoso informe de numerosos individuos, mandó establecer el rey Carlos III la fábrica que, propiedad del Estado, aún existe en la amplia vega de Toledo (1), siendo ¡oh degeneración! el primer maestro de la nueva fábrica, no uno de los del antiguo gremio toledano, sino un forjador de espadas valenciano, famoso ciertamente, llamado Luis Calixto.

A qué sea debida tal decadencia, es difícil decir: quizá la ocasionaran las mismas causas que motivaron la de la ciudad de los Concilios, digna, por su preclara historia, de más prósperos días. El erudito Martín Gamero (2), atribuye la desaparición casi completa de esta industria al traslado de la corte; por cuyo acontecimiento, disminuída la demanda, marcharían obreros y artesanos toledanos á establecerse á otros puntos,

(1) No siempre estuvo la fábrica en el lugar que hoy ocupa. Fué primeramente establecida en una casa cerca de la calle de la Sillería, una de cuyas puertas estaba frente á la de los carros del convento de Padres Agustinos Descalzos.

(2) *Historia de Toledo.*

en los cuales seguirían trabajando y proveyendo de espadas y demás útiles de su fabricación á los caballeros que, siguiendo á los reyes, salieron de Toledo.

Hoy, recuerdo de tantas tradiciones, queda allá junto al Tajo, la fábrica del Estado, bajo la dirección del cuerpo de artillería, y alguna particular en las cuales tiene ocupación escaso número de obreros, preludiando su completa desaparición.

La calle de las Armas, ensanchada y quitado, por tanto, su especial carácter de antigüedad, únicamente por su nombre recuerda el sitio donde labraron sus hermosas espadas los tan afamados maestros toledanos (1).

No obstante, á la entrada de la calle existe en la actualidad un armero; que es el que arreglaba los fusiles de la suprimida Escuela Central de Tiro.

(1) Durante la impresión de este libro el Ayuntamiento ha tomado el censurable acuerdo de sustituir el nombre de calle de las Armas que tanto decía en Toledo, con el de un preclaro hijo de la provincia, que lo mismo pudo darse á otra, con lo cual se honraría al toledano ilustre sin quitar una nota tan característica de la imperial ciudad.

MARCAAS de que usaron en sus Espadas los últimos y mas famosos Armeros de Toledo hasta la extincion de esta FABRICA, que fué á la entrada del presente Siglo XVIII. cuyos nombres estan en el PLAN. X

1.	2.	3.	4.	5.	6.	7.	8.	9.	10.	11.
12.	13.	14.	15.	16.	17.	18.	19.	20.	21.	22.
23.	24.	25.	26.	27.	28.	29.	30.	31.	32.	33.
34.	35.	36.	37.	38.	39.	40.	41.	42.	43.	44.
			*						*	
45.	46.	47.	48.	49.	50.	51.	52.	53.	54.	55.
56.	57.	58.	59.	60.	61.	62.	63.	64.	65.	66.
									<i>La misma.</i>	<i>La misma.</i>
67.	68.	69.	70.	71.	72.	73.	74.	75.	76.	77.
78.	79.	80.	81.	82.	83.	84.	85.	86.	87.	88.
89.	90.	91.	92.	93.	94.	95.	96.	97.	98.	99.

Palomar lo esculpíó y delinó en Toledo 1762. X

Para terminar este trabajo, y por la curiosidad que en sí tiene, damos (1) una lista de los armeros más famosos, y el anterior grabado de las marcas que usaron (muchas de ellas á más de su nombre), de cuyas matrices, existentes en el archivo del Ilmo. Ayuntamiento de Toledo, le esculpió Palomares (hijo) en 1762.

Para informarse de la autenticidad de las espadas toledanas, ha de tenerse en cuenta lo siguiente: firmeza, fondo obscuro de los aceros, labor curiosa del rosario que rodea la canal y cruceta que le cierra. En el primer tercio se grababa la marca y algunos maestros sus nombres con letras reunidas, y además, el que tenía tal título, espadero del rey.

(1) Véase el *Apéndice* al final del libro.





III

El «Mesón de la Fruta»

En las primeras horas de la mañana de un martes del año 1604, había en la plaza de Zocodover de la ciudad de Toledo la animación propia de sus clásicos mercados. El número de vendedores era crecido: los compradores acudían antes de terminar la prohibición que, por las ordenanzas municipales, tenían de entrar en la plaza los *regatones* ó revendedores (1),

(1) *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de la muy noble, muy leal é imperial ciudad de Toledo*, pág. 159 y 188 de la edición publicada por el Ayuntamiento de Toledo en 1858.

con el fin de evitar la subida de precios en los artículos de primera necesidad que tenía lugar cuando los *regatones* adquirían, antes de entrar en la ciudad ó al comienzo del mercado, dichos artículos.

Discurrían también por allí no pocos desocupados, que tanteaban el precio de las mercancías en los diversos puestos, ó paseaban en grupos requebrando á las mozas que hacían provisión para la semana, hablando de asuntos propios, ó narrando los chismes de la ciudad. Algunos curiosos contemplaban en diversos puntos la marcha de las obras necesarias para cercar la plaza, puesto que se preparaba para la corrida de toros del no lejano día de San Juan, en el cual se celebraba todos los años esta fiesta con el mayor lujo y esplendor, por lo que concurrían á Zocodover, no sólo todas las personas de Toledo, sino muchas de los pueblos comarcanos.

De repente empezó á aglomerarse la gente cerca de la rampa del *Cristo de la Sangre*. Lo que llamaba la atención era un cartel manuscrito, pegado á una de las columnas de los porches de la plaza,

en cuyo cartel, en letras gordas y mal hechas, se anunciaba la llegada de una *compañía* de comediantes que actuaría durante las próximas fiestas de San Juan (1), y la comedia, loa y baile que había de tener lugar aquella tarde, por ser día de mercado.

Con mayor ó menor trabajo, algunos del grupo leían en voz bastante alta el contenido del cartel para que se enteraran los que les rodeaban, no muy versados en letras, por ser poco usado, generalmente, su aprendizaje en aquella época. He aquí el contenido del cartel:

HA LLEGADO Á TOLEDO

una compañía de comediantes compuesta de diez y seis personas y con gran número de comedias, autos, farsas y bailes.

Esta tarde se representará la

COMEDIA PRÓDIGA

una loa y el baile.

(1) Desde la época del comediante Cosme de Oviedo, natural de Granada, que vivió por el año de 1570, se estableció por éste la costumbre de anunciar por carteles el título y los personajes de las comedias que habían de representarse.

Ante tal noticia, gran alegría se apoderó de cuantos en aquellos alrededores se hallaban, por ser altamente aficionados á esta clase de espectáculos los toledanos. Sabido esto, no es de extrañar tardara poco tiempo en recorrer toda la población la nueva, que fuera acogida por todos con muestras de júbilo, y se deseara, por último, con impaciencia, la hora en que había de tener lugar la farsa ó comedia.

A las tres de la tarde, y no obstante el calor que comenzaba á hacerse sentir con fuerza, veíase gran concurrencia por las calles que conducían á la Plaza Mayor, vulgarmente llamada *de las Verduras*, en cuya parte oriental se encontraba el *Mesón de la Fruta*, en el que había de tener lugar la representación.

Era éste un espacioso corral, descubierto y rodeado de altas paredes, destinado á la descarga y peso de la fruta que diariamente entraba en la ciudad (de donde le provino el nombre), para cuyo objeto se mandó construir en 1576 por el Ayuntamiento, siendo corregidor D. Juan Gutiérrez Tello. En ciertas épocas del

año, señaladamente en las Pascuas y fiestas principales, se permitió dar en el *Mesón de la Fruta*, y en horas en que no se ocupaba para su objeto, representaciones de autos y comedias, devotas al principio, y más tarde representaciones dramáticas de todo género.

En este sitio, pues, tuvo su nacimiento el teatro toledano, cuyo mismo solar ocupa en la actualidad el elegante *Teatro de Rojas*, y allí estuvo también durante largo número de años el primer teatro que se edificó en Toledo, uno de los más antiguos de España, y en el que hasta hace pocos años han tenido lugar representaciones dramáticas.

A la puerta del *Mesón* se hallaba uno de los cómicos encargado de percibir el precio de la entrada, diez maravedís, que entregaban al pasar los concurrentes. Una vez traspuesta la puerta, encontrábase el curioso en un corralón ocupado por bastante gente, casi toda ella en pie, pues únicamente tomaba asiento el que á prevención lo llevaba de su casa. En la parte opuesta á la entrada (1), y levantan-

(1) Advertimos al lector que en la época de

tado como una vara del suelo, había un tablado, en el fondo del cual se ocultaba el vestuario con unas cortinas que daban



paso á los diversos personajes. La hora de comenzar el espectáculo solía ser á las

que nos ocupamos no se daba en Toledo, al lugar de las representaciones, el nombre de *corral* en la acepción que después tuvo la palabra, puesto que hasta el año 1613 no recibió el nombre de *corral de comedias*.

dos de la tarde en invierno y á las tres en verano, y duraba unas dos ó tres horas (1), según se deduce de algunos autores.

Estaba el teatro bastante adelantado, en cuanto con el aparato escénico se relaciona, desde los tiempos de Lope de Rueda y de Navarro, natural este último de Toledo. Vestíanse lujosos trajes de

(1) El conde de Schack, en su notable *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, cita, á propósito de esto, en su tomo II, página 269, lo siguiente:

« Salimos aquí nosotros
á recitar nueve ó diez (personas),
por un interés muy poco,
dos horas y media ó tres. »

(Gaspar Aguilar: loa de la comedia *La nueva humilde*).

« En este Senado ilustre
oidnos sólo dos horas;
y si es mucho, ved que el tiempo
acaba todas las cosas »

(Tárrega: loa de *La perseguida Amaltea*).

« La comedia ahora empezamos:
de aquí á dos horas saldremos,
cuando ya estará acabada. »

(Lope de Vega: loa del primer tomo de sus *Comedias*).

reyes, moros y señores. El clásico costal, en el que encerraban de antiguo su equipaje los comediantes, era sustituido, á la sazón, por gran número de arcas y cofres, conducidos en carros por las compañías. También aparecían por escotillón, como ahora se dice, los personajes cuando era necesario; y se imitaban nubes, ruidos de truenos y hasta salían caballos á escena.

El público que ocupaba aquella tarde el *Mesón de la Fruta*, era, según costumbre, del más heterogéneo que imaginarse pueda. Componíase casi en su totalidad de hombres: algunas mujeres, lujosamente prendidas, ocupaban los primeros puestos junto al escenario, el cual estaba más cerca del público que en la actualidad. Aún no se había establecido la división que por largos años hubo en los teatros españoles, mediante la que las damas, para estar separadas de los hombres, ocupaban el sitio denominado *cazuela*. Los que se prevenían á oír la comedia representaban las diversas clases sociales de Toledo. De pie unos, sentados otros, se hallaban las notabilidades toledanas:

muchos maestros, oficiales y aprendices de las diversas artes y oficios, con especialidad tejedores de seda, jubeteros y armeros, que en animados grupos conversaban, ora del espectáculo que esperaban ver y de otros ya vistos, aquilatando el mérito de tal compañía de comediantes; ora discurrendo sobre cosas propias de sus respectivos oficios ó artes.

En uno de aquellos grupos estaba *Thomás de Ayala*, uno de los más entendidos maestros espaderos, que sostenía animado diálogo con los que le rodeaban, muchos de ellos oficiales y aprendices suyos. La conversación versaba acerca de la habilidad de Sebastián Hernández, oficial del referido Ayala, que más tarde había de conseguir gran reputación en la forja de espadas y que, á la sazón, iba á sufrir examen de maestro. Pronto hablaron del espectáculo que tendría lugar aquella tarde.

—Ya sabréis,—decía Tomás de Ayala,—que el director y autor de la *compañía* es el famoso comediante Andrés de Claramonte.

—Al que sigue lucido número de com-

pañeros, —repuso uno de los circunstantes, — entre ellos la afamada Vargas, gentil y vivaracha moza que baila que es una maravilla (1), todos los cuales han trabajado durante largo tiempo en el *corral de la Cruz* de Madrid.

—A propósito de ese *corral*: hace poco estuvo en Madrid el afamado poeta Baltasar Elisio de Medinilla, y quedó admirado de tan buena invención como es esa de tener un lugar adecuado para las representaciones. Por las noticias que de ello da, ha de ser cosa hermosa.

—Mucho ha adelantado la manera de representar comedias y farsas de poco tiempo á esta parte...

—Por cierto que hace poco he leído acerca de eso una sabrosa historia, mitad prosa, mitad verso, —repuso Ayala,—que digo es divertida cosa.

—¿Cómo se llama?

(1) Por aquella época habían vuelto á tomar parte las mujeres en las representaciones escénicas, por haber sido derogada por otra del mismo monarca, en 1580, la pragmática de Felipe II que prohibía tomaran parte en ellas las mujeres, mandando fueran desempeñados sus papeles por niños.

—*El viaje entretenido* (1), por el comediante Agustín de Rojas.

—Esta tarde hacen la loa que corre impresa en ese libro y que cuenta la historia y origen de la comedia.

—Digo,—repuso Ayala,—que me place tal noticia; pues, á más de recrear el ánimo, es cosa buena para el entendimiento.

Después de este diálogo dirigiéronse á un ángulo del corral, donde tenía su puesto el alojero, en el cual tomaron sendos tragos de *aloja*, bebida compuesta de agua, miel, canela y especias; refresco del que gustaban en extremo.

En esto sentóse el corregidor en el escenario, y, apareciendo los músicos, comenzaron á tañer sus instrumentos, que no eran otros que una vihuela, una flauta, el tamboril y el triángulo, al compás de los cuales cantaron algunas canciones como introducción al espectáculo.

* * *

Parece oportuno dar algunas noticias de los comediantes que se presentaban

(1) Esta obra fué publicada por su autor en 1602.

aquella tarde y el día de San Juan representarían los *autos sacramentales* ante el público toledano. Perteneían todos ellos á la mayor categoría que entre los de su clase había por entonces en su oficio, puesto que tenían los honores de compañía (1), formada de un número bastante crecido de personas, á cuyo frente iba un *autor*. El lector comprenderá la impaciencia con que los toledanos esperaban el comienzo de la representación, y sobre todo del baile, al saber que durante largo tiempo no había representado *compañía* alguna en Toledo, pues sólo habían hecho muy corta parada alguna que otra *garnacha* muy contada, y algún *ñaque* ó *bululú*; esto sin contar el tiempo que habían es-

(1) Había por entonces, enunciándolas de mayor á menor importancia, diversas categorías entre los comediantes. A más de la *compañía*, eran éstas: *farándula*, que se componía de seis ó siete hombres y tres mujeres; *boxiganga*, de seis ó siete y dos, respectivamente; *garnacha*, cinco ó seis hombres, una mujer y un chico; *cambaleo*, una mujer y cinco hombres; *cangarilla*, tres ó cuatro hombres y un muchacho que hacía la dama; *ñaque*, dos hombres; y *bululú*, un solo representante. (Véase Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*).

tado prohibidas las representaciones teatrales, que lo fueron indefinidamente, previa consulta á los principales teólogos, por pragmática del señor rey D. Felipe II fechada en 2 de Mayo de 1598; cuya prohibición subsistió, no obstante los esfuerzos hechos en contrario, hasta la muerte de este monarca, y derogada posteriormente por Felipe III en 1600.

Poseía, la que hacía estación en Toledo durante las dichas fiestas de San Juan, el título de *compañía real ó de título*, y era una de las que con más aplauso habían actuado en el *corral de la Cruz*, de la villa de Madrid, en los últimos años del siglo anterior. Al frente de ella estaba, según queda dicho, Andrés de Claramonte, uno de los más afamados comediantes y directores de la época. La compañía, en su organización, era como todas: así que, para darla á conocer, nada mejor que lo que á propósito de las de su clase dice Agustín de Rojas (1): «En las compañías hay todo género de gusarapas y baratijas, entrevan cualquiera postura, saben mucho de cortesía y hay gente muy distinguida,

(1) *Viaje entretenido.*

hombres muy estimados, personas bien nacidas y aun mujeres muy honradas (que donde hay mucho es fuerza que haya de todo); traen cincuenta comedias, trescientas arrobas de hato, diez y seis personas que representan, treinta que comen, uno que cobra y Dios sabe el que hurta. Unos piden mulas, otros coches, otros literas, otros palafrenes, y ningunos hay que se contenten con carros, porque dicen que tienen malos estómagos. Sobre éstos suele haber muchos disgustos. Son sus trabajos excesivos, por ser los estudios tantos, los ensayos tan continuos y los gustos tan diversos; y así es mejor dejarlo en silencio, que á fe que pudiera decir mucho.»

* * *

Una vez terminado lo que pudiéramos llamar *sinfonta*, salió uno de los cómicos bastante bien vestido, aunque con un traje estrafalario y de época difícil de determinar, y, previa advertencia de hacerlo en obsequio del público, recitó la *Loa de la Comedia*, de Agustín de Rojas, que empieza:

Aunque el principal intento
 con que he salido acá fuera
 era sólo de alabar
 el uso de la *Comedia*,

 entiendo que bastará
 no hacer para su grandeza
 catálogo de los reyes
 que con sus personas mismas
 la han honrado.

Profundo silencio hubo durante la loa;
 y cuando el que la recitaba dijo:

que las faltas perdonéis
 de los que la representan,

últimos versos de ella, un murmullo de
 aprobación se dejó oír, prueba evidente
 del gusto con que se habían oído la pro-
 ducción y el intérprete.

Después dió principio la obra, que no
 era otra que la *Comedia Pródiga*, de Luis
 de Miranda. En ella se relata la historia
 del hijo pródigo, arreglada á la época y
 al país.

El lugar de la acción no varió durante
 la representación. El decorado consistía
 en diversas cortinas de un sólo color, col-

gadas al foro, según hemos dicho, con entradas y salidas practicadas para los personajes. Tales cortinas, sin pintura alguna, representaban, ora un aposento, ora una calle, ora un jardín ó una selva, lo cual se encargaba de advertir un actor en el transcurso de la obra ó al comienzo de cada acto, para que el público pudiera en su imaginación crear el sitio en que se desarrollaba la acción. Detrás del cortinaje estaba situado el vestuario, que servía también para ocultarse los cómicos durante los *mutis*. Lucían en la obra lujosos trajes de seda y terciopelo los actores; y las damas, además, fantásticas y ricas vestiduras, y joyas y collares de oro.

Luego de la comedia tuvo lugar el baile, principal divertimento, del que gustaba el público en extremo. Los músicos, á los lados de la escena, dejaron oír sus instrumentos, y apareció la Vargas. Era ésta una joven como de veinte años y de deslumbradora belleza, tez morena, ojos negros y rasgados, de alta estatura y algo gruesa, mas no tanto que le pudiera quitar agilidad á los movimientos ni hacer desmerecer á su persona. Vestía un traje

de imposible filiación, de color rosáceo, y adornaban su cuello collares de oro fino.

Ligero murmullo acogió á la bailarina al presentarse. Se adelantó hasta el sitio que ocupaba el corregidor y le hizo una reverencia. Después hizo otra al público, y se puso en actitud de baile.

El que iba á tener lugar era *La Zarabanda*, uno de los más populares y las-

civos, el cual, en unión de otros muchos, entre ellos *La Chacona*, *Perra Mora*, *Gorróna*, *Polvillo*, etc., habían atraído el anatema de teólogos y moralistas, no obstante lo cual se bailaban, con gran aplauso y contentamiento del público, por todos los comediantes de España.

Era *La Zarabanda* una danza provocativa, lasciva é indolente. Movía la Vargas el cuerpo, las caderas y los brazos con



voluptuosidad y cadencia sumas; acompañaba á estos movimientos con gestos y actitudes tales, que harían en la actualidad ruborizarse al menos asequible al rubor.

Había que ver las posturas de aquella incitante mujer. Se erguía y avanzaba hacia el público; se movía de uno á otro extremo del tablado; parecía dominada por algo así como un placer sin medida; y, cuando su cuerpo aparentaba estar sin energía, revolvíase airada, moviéndose con ondulaciones de serpiente. Cuanto mayor era la fatiga, más provocativa se hallaba la joven. Su respiración dificultosa hacía levantar su abultado seno, y sus mejillas estaban teñidas de subido carmín.

La concurrencia se entusiasmaba por grados, y los murmullos y las voces eran cada vez mayores. El *alojero* no cesó, durante esta parte del espectáculo, de servir su mercancía. Nada hay comparable con aquel entusiasmo, con aquella animación. Ciertos bailes de la actualidad, en cuanto al espectáculo, y las corridas de toros, en lo que toca al bullicio y á la

animación del público, dan escasa idea de lo que era aquello.

Terminó el baile. La Vargas, después de saludar como á su entrada, se retiró al vestuario.

Todas las gargantas gritaron entonces. No se oía otra cosa que el murmullo terrible, sobre el que se destacaban estas voces:

— ¡ *Bomba!* ¡ *Bomba!*

El baile se repitió. No habría aún llegado á la mitad, cuando grandes chillidos y el ruido de aceros al chocar se oyeron en un extremo del local.

Dos hombres, espada en mano, luchaban con furor. Eran dos de tantos espadachines como acudían á las comedias; los cuales, por el más leve motivo, armaban camorra, que casi siempre ponía fin á la fiesta.

El corregidor bajó de la escena y requirió apresuradamente á los alguaciles. Al fin dió con uno, y, haciéndole marchar delante, se dirigió al sitio de las cuchilladas.

Pero ya era tarde.

Uno de los bravos yacía en el suelo,

atravesado por una tremenda estocada. El otro había huído.

Con este incidente terminó la función. Tales ocurrencias eran harto frecuentes, y todos se daban por contentos de que no acontecieran hasta terminar el espectáculo.

Poco á poco despejó la gente el local. Los cómicos vistieron sus ropas ordinarias, y la multitud se esparció por las callejuelas de Toledo en dirección á sus hogares, muy contenta y satisfecha de la primera función de la *compañía*.





IV

Hermosura sin igual... fantásticas siluetas... claridades inconcebibles... efectos indescritibles de luz y sombra... misteriosas encrucijadas... calles en que el silencio es sólo comparable á los mil recuerdos que en el alma despiertan... población semejante á las descritas en los cuentos de las *Mil y una noches*... ciudad inmortal... Toledo augusta: ¡cuánto se realzan tus bellezas en esas noches serenas en que luce con todo su esplendor la luna, cuyos pálidos reflejos producen

efectos indescriptibles sobre los viejos muros y los artísticos edificios...

En las altas horas de la noche, cuando los habitantes de Toledo duermen, reanimando así las fuerzas perdidas en el rudo trabajo diario, recobra la ciudad, pudiéramos decir, su carácter especial, su nota típica; parece como que la noche, con sus misterios y su silencio, retrotrae la antigua capital de los visigodos á la época de su mayor esplendor, de su mayor grandeza.

Mediada la noche, el finísimo alambre de las lámparas incandescentes de los faroles que alumbran penosamente las estrechas y tortuosas calles, va enrojeciéndose á un mismo tiempo en todos ellos, como si obedecieran á mágico conjuro, hasta quedar completamente apagados. Las tinieblas triunfan, y la obscuridad es completa en Toledo. Difícil se hace transitar por aquel laberinto de callejuelas; así, no sorprenderá al caminante tropezar con cualquier esquina, si no lleva fija la vista en la faja que del estrellado cielo se divisa por entre los aleros que los tejados de las casas de ambos

lados de la calle tienen. Es el único faro que puede servir de guía.

Oyense á lo lejos los pasos de algún trasnochador que apresuradamente se retira á su casa. En lontananza siéntese el murmullo que produce el Tajo al pasar por las diferentes presas que le sujetan y encadenan. Aparte de esto, nada: silencio, tinieblas y misterios de una ciudad dormida.

Poco á poco aparece la luna; una hermosa luna llena, brillante como en Venecia, pero de un fulgor pálido. La ciudad se reanima, los edificios se ven débilmente alumbrados, y todo toma un tinte especial, una sola nota de color.

¡Qué efectos de luz tan admirables! En cada plazoleta, en cada calle, se encuentran sorpresas que encantan. Ya es un triángulo de luz rodeado de tinieblas en el fondo de una plaza; ya una grotesca figura que se dibuja en el empedrado de la calle; ya la silueta de un edificio, destacándose hasta en sus menores detalles.



La luna continúa majestuosamente su marcha, enviando sobre Toledo su luz, sólo interrumpida por alguna ligera nube... ¡Qué fantástico panorama se divisa desde el *Miradero!* Enfrente y debajo, el arrabal de las *Covachuelas*, con sus casitas blancas y sus tortuosas calles; más allá el hermoso paseo de la Vega, cuyos verdes árboles son la nota oscura de este cuadro, en el fondo del cual se encuentra el majestuoso edificio llamado el *Hospital de Afuera*, espléndida obra costeadada por el cardenal Tavera; á la derecha, parte de la rica Vega, por la cual se desliza el Tajo, cuyas tranquilas aguas sirven de brillante espejo á los árboles, á que sus márgenes dan robusta vida; á lo lejos, los molinos de Safón; más á la derecha, la estación del ferrocarril, cuyos negros carruajes tienen extraño aspecto y son como un desentono para esta extraña ciudad; á la espalda álzanse orgullosas y tristes las ruinas del Alcázar, por cuyos balconajes se ve la luz de la luna haciendo más penosa la con-

templación de tan maravillosa obra arquitectónica; á la izquierda, la arábica *Puerta del Sol*, de agradable y sólida mampostería, con su elegante arco de medio punto; algo más allá divísanse las torrecillas de la Puerta de Bisagra, con sus pizarras de colores en los capiteles..

Sígase el camino. Ante esta primera perspectiva, avívanse aún más los deseos de recorrer Toledo; adivínanse tantos encantos y sorpresas, que no es posible detenerse un punto. Sálgase por la dicha *Puerta de Bisagra*; continúese la marcha por la Ronda hasta penetrar por la *Puerta del Cambrón*.

Esta expedición se hace teniendo á la izquierda las murallas y tapias de la ciudad, pasando junto á la *Puerta* por que penetró Alfonso VI por primera vez en Toledo. En el mismo lado, y más allá de esta histórica puerta, en la actualidad cerrada, se encuentra el célebre *Nuncio*, ú hospital de alienados, de antiguo celebrado por Cervantes y otros escritores; el palacio en construcción para la Diputación Provincial; algunas casas de mal aspecto y varios edificios derruídos. A la

derecha está la risueña *Vega baja*, cubierta de verde, con profusión de árboles esparcidos por toda ella, en la cual, y frente á la *Puerta del Cambrón*, se encuentra la tradicional *ermita del Cristo de la Vega*, protagonista de la leyenda dada á conocer por nuestro inmortal Zorrilla bajo el nombre de *A buen juez, mejor testigo*; tras de cuya ermita se hallan los diversos edificios que componen en la actualidad la fábrica nacional de armas blancas y de cartuchería. En frente, y formando la línea del horizonte visible, los *Cigarrales*, los famosos *Cigarrales toledanos*, fincas de recreo, sin segundo en España, á los cuales lame el anchuroso Tajo, que otra vez sale al encuentro, después de rodear en estrecho abrazo á Toledo.

Penétrese por la *Puerta del Cambrón*... Una vez traspuesta, hay que detenerse necesariamente. Fuerte sacudida nerviosa recorre el cuerpo; y el que en aquellos momentos en busca de impresiones se encuentra, queda atónito, con la mirada anhelante, devorando con la vista, más bien que contemplando, lo que ante sí

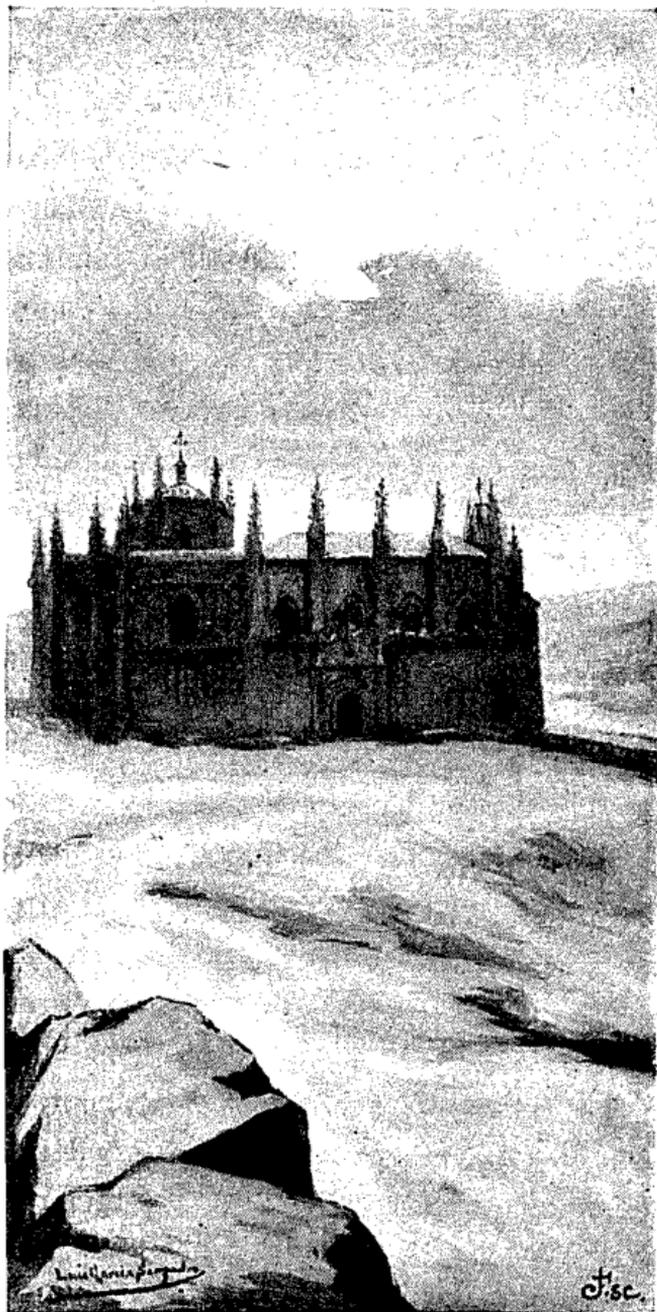
tiene... La admiración, el asombro aumenta por momentos: creeríase transportado á mitológica región ó presa de agradable pesadilla. Tal es el efecto que produce en el fondo, solo, aislado y alumbrado por las tenues claridades de la luna, *San Juan de los Reyes*.

*
* *

¿Habrá medio, en lo humano, de describir aquella maravilla? Levántase *San Juan de los Reyes* en lo alto de empinada roca. Sus esbeltas agujas se pierden en el cielo azulado y tranquilo que sirve de marco á tanta belleza. La luna envía sus pálidos reflejos sobre la masa de piedra; el río murmura y lame los pies de la roca.

De día, contemplar *San Juan de los Reyes*, agrada; de noche, á la luz de la luna, enmudece, asombra. ¡Cuántos recuerdos traen á la memoria aquellas viejas paredes! La historia patria cruza rápidamente por la mente. Desde las gloriosas campañas de doña Isabel y don Fernando; ora la de Toro contra las

huestes del portugués, que amparaban los pretendidos derechos de la Beltraneja, por cuyo triunfo levantó el insigne Guas este admirable templo; ora las llevadas á cabo contra los musulmanes de Alhama, Almería, Baeza y Málaga, de las cuales son signos auténticos las cadenas y argollas que en gran número penden todavía de los entrepaños de los muros, quitadas á los cristianos cautivos al ser libertados por los católicos monarcas; hasta la destructora barbarie de las huestas napoleónicas, que á principios de este siglo cometieron innumerables crímenes artísticos donde quiera posaron su destructora planta, entre ellos el incendio del edificio que nos ocupa; todo, en fin, se halla esculpido para luengos siglos por el arte; en los muros de *San Juan de los Reyes*. ¡De cuántos hechos realizados en distintos tiempos, fueron mudos testigos aquellas agujas, aquellas góticas cresterías, aquellas cornisas ó frisos, en los cuales el genio del hombre y el trabajo hicieron prodigios! Las estatuas, que representan reyes de armas, parecen que toman vida, y que, descendiendo de las repisas en



que están asentadas, van á salir á vuestro encuentro para narraros las proezas de los habitantes de Toledo, muchas de las cuales contemplaron, con el silencio de la piedra, desde los muros de la más valiosa joya Toledana.

Y efectivamente que es maravilloso el aspecto que *San Juan de los Reyes* presenta en aquel momento. Sus valientes pilares, exuberantes de labores, rematados por torrecillas de crestería, sobresaliendo del resto de la fábrica; el antepecho de piedra, de estilo gótico, labrada con la delicadeza del encaje; la faja de grandes letras góticas, borrosas por el tiempo; las cadenas y argollas pendientes de los entrepaños; la puerta, obra de Covarrubias, con su elegante arco y sus columnas coronadas de capiteles, basas y cornisas, y la estatua de San Juan Evangelista sobre la clave; las ventanas, desprovistas de sus hermosas vidrierías; todo esto, en fin, iluminado por la luna, que arriba continúa su marcha eterna; con el silencio de la noche, interrumpido por el murmullo del Tajo, admira y asombra al que lo contempla, pues á cada momento

toma ante sus ojos nueva forma, presenta bellezas anteriormente no sospechadas, puntos de vista completamente nuevos.

Después de contemplar *San Juan de los Reyes*, continúa la marcha por calles de pequeñas casas con puertas bajas. Es el barrio donde de antiguo vivían los judíos. No se tarda en llegar á las ruinas de la que fué morada de Samuel Leví, tesorero de D. Pedro I, que estaba enclavada en el mismo barrio. En él se encuentra también la sinagoga en que los judíos oraban, conocida actualmente por *El Tránsito*, y en restauración, dirigida por el notable arquitecto Mérida, que también dirige la construcción de la Escuela de Industrias Artísticas, no lejos de aquel sitio. Pásase por las tapias de una verdadera joya arábiga, oculta hasta no sospecharse su existencia á no saberse el sitio que ocupa... es *Santa Marta la Blanca*. Al exterior presenta únicamente un alto muro, en el que hay esta inscripción: *Comisión de Monumentos Artísticos. Santa Marta la Blanca*. Se necesita penetrar en su interior para admirar tan rico tesoro, semejante en mérito, construcción y estilo

á la mezquita de Córdoba. Es como la perla, cuya concha precisa ser quitada para contemplar la riqueza que encierra.

* * *

Continúase la marcha por la Toledo dormida; péntrase por el laberinto de sus callejuelas desiertas y silenciosas; crúzanse con precipitación algunas de ellas; recuérdanse en otras fantásticas tradiciones; en muchas se ven retablos con imágenes pintadas, á las cuales un farolillo envía sus débiles fulgores; conjunto que recuerda el siglo xvi. A lo lejos, un bulto se divisa junto á la pared: inconscientemente se busca la larga espada de gavilanes, encontrándose su lugar vacío. Aquel bulto es un enamorado que, embozado en su capa, platica por la reja tranquilamente, con la dama de sus pensamientos, causando envidia á los pocos que por aquellos sitios transitan á tales horas.

Una pequeña campana rompe el silencio de la noche. Es la campana que llama á coro á las esposas del Señor para entre-

garse á sus habituales oraciones. Ante el metálico sonido, dibújase en la imaginación la silueta del convento, cuyo exterior se ha visto poco antes, con sus ventanas resguardadas por celosías y sus tétricos muros. Irresistible curiosidad domina : quisiéranse atravesar aquellas paredes frías como la tumba, y contemplar, al despertar de angelicales ensueños, á aquellas mujeres, jóvenes y hermosas muchas de ellas; verlas apresuradamente dirigirse al coro de artística sillería, y entregarse, una vez en él, á sus rezos, entonando sus cristianas y sublimes canciones acompañadas del raudal de armonías del órgano sonoro, rogando á Dios por sus semejan-



tes que en aquellas horas están entregados al sueño. La monja rodeada de todos sus misterios y toda su poesía, se aparece durante algún tiempo y con persistencia en la mente soñadora; sus pálidas mejillas, sus blancas tocas y vestiduras, la hacen aparecer más bella y más poética, y se necesita hacer esfuerzos para separarse de aquellos sitios.

Camínase por algún tiempo. Al volver una esquina hay que detenerse nuevamente. La calle se encuentra bruscamente cortada. Los rayos de la luna no penetran por el fondo de aquélla. La luz de un farolillo se divisa en la obscuridad. El corazón del curioso late con violencia, y un malestar se apodera por completo de todo su ser. Lo que ante su vista tiene es verdaderamente miedoso. Diríngense ávidas miradas en rededor, y volveríase atrás, no ya apresuradamente, sino corriendo. Preciso es hacer uso de toda la fuerza y el valor de que se sea capaz. El farolillo, á lo lejos, anuncia la presencia, acaso, de algún individuo de la *Ronda de Pan y Huevo*.

Por fin se atraviesa aquella especie de

túnel, y no sólo éste, sino otro más pequeño, situado á poca distancia: son los *Cobertizos de Santo Domingo*. Compónense de edificaciones que cubren largo trecho la calle. En las paredes de los *Cobertizos*, encuéntranse retablos de imágenes, alumbradas por pequeño farol, y cruces que indican haber perecido allí algunos hombres. Es verdaderamente sitio adecuado para las luchas personales, desafíos y riñas de otros tiempos, y siempre debieron tener lugar allí sangrientas y trágicas escenas.

Rápidamente se abandonan estos sitios por temor de ser sorprendidos por algún espadachín que haga pagar caro el atrevimiento de pasar por ellos, ó por alguna ronda de corchetes que dé con el trasnochador en la *Cárcel de la Hermandad*.



La aurora va acercándose. A lo lejos se oye el canto del gallo. Poco tardará en ser de día. La marcha se emprende entonces hacia el centro, hacia *Zocodover*.

Pronto se divisa la torre de la catedral, esbelta, elegante, atrevida, destacándose sobre el resto de la fábrica, con sus finas agujas góticas, y su triple corona de aspás en el chapitel, símbolo de su primacía, envuelta toda por los postreros fulgores de la luna. Es otro de los espectáculos que maravillan.

* * *

El día va entrando; las iglesias, con el toque de sus campanas, invitan á los fieles madrugadores á oír la misa del alba; las puertas de las casas comienzan á abrirse. Viejas devotas se dirigen á los templos, envueltas en sus espesos velos; algunos hombres, desperezándose, caminan presurosos á sus talleres. Las calles toman vida: es la ciudad que despierta.

Con los postreros rayos de la luna desaparecieron las bellezas y las siluetas tan poéticas que Toledo presenta de noche. El encanto se desvanece. Queda Toledo, con sus bellezas, sí; pero la Toledo moderna, la Toledo decadente; la capital de

provincia de segundo orden, sin medios propios de vida: queda la matrona augusta que únicamente vive de los recuerdos de sus pasadas grandezas.





V

Era la mañana del lunes 16 de Abril de 1520. El tiempo había mejorado notablemente, y se presentaba con la benignidad propia de la primavera toledana. Los campos de la *Vega* estaban cubiertos de verde: un fresco agradable se sentía, como si la naturaleza, dejando á un lado los rigores del invierno que por entonces terminaba, quisiera aparecer con los espléndidos ropajes que presta á la estación de las flores y del amor.

Los que aquella mañana pasaban por las calles de Toledo, veían con sorpresa

la animación existente en ellas; cambio tanto más de notar cuanto que eran tranquilas y silenciosas de suyo. La plaza que ante la casa de la ciudad había, los claustros bajos de la catedral y las principales calles y plazas, estaban ocupadas por multitud de gentes de las diversas clases de habitantes de la ciudad; los cuales, en animados grupos, repetían y comentaban las últimas noticias de la junta que, á la sazón, celebraban en las casas concejiles los regidores.

Revuelta andaba la gente que junto á las dichas casas estaba agrupada. La causa de ello no podía ser más poderosa: pasados pocos días espiraba el plazo que el señor rey D. Carlos I había concedido á Hernando Dávalos, Juan de Padilla, Juan Carrillo, Gonzalo Gaitán, D. Pedro de Ayala y el licenciado Herrera, los regidores más queridos de Toledo, para que se presentasen en la corte. Proponíase el rey con esto hacer que se dieran nuevamente los poderes á los primeramente elegidos diputados para cortes generales, que se habían de celebrar en Santiago, D. Juan de Silva y Alonso de Aguirre,

cuyos poderes habían de dárseles tan amplos y generales como fuera menester, para hacer lo que á Su Alteza conviniera.

No pareció muy bien á la ciudad la pretensión real, tanto más cuanto que andaba ya la atmósfera algún tanto cargada con la protesta hecha contra los favoritos y los desaciertos del joven monarca, haciéndose temer que no tardaría en estallar la tempestad. No habían sido todos tan puntuales en la obediencia al mandato regio como el licenciado Herrera, que se presentó en el sitio señalado; antes bien se alzaron los demás de la orden, con lo cual no consiguieron otra cosa que hacer vinieran nuevas y más apremiantes para su cumplimiento.

Aumentábase en la plaza el número de curiosos, los ánimos aparecían por momentos más exaltados, y desde la casa comunal oíase un rumor sordo é imponente, como si la muchedumbre empezara á alborotarse. Dentro, los regidores discutían la conveniencia de cumplir la orden real, y casi todos protestaban de la obediencia, por ser los llamados á la corte los más importantes regidores, y por ello

los que habían tomado parte más activa en convocar á las demás ciudades, para pedir en comunidad al rey que cumpliera las leyes que había jurado.

Grande satisfacción causaba á los llamados la disposición en que veían á la mayor parte de sus compañeros de regimiento; pero el tiempo pasaba sin acordarse nada en definitiva, cuando uno de los regidores, el que ocupaba el asiento número X de la derecha, que había permanecido silencioso y meditabundo, se levanta y desaparece de la estancia, saliendo, al poco tiempo, de la casa por otra puerta que la principal.

No tardó mucho en extenderse la noticia por entre los que ocupaban la plaza.

—El señor Juan de Padilla marchó á la corte,—se decían unos á otros, sin poder dar crédito á la noticia.

Un movimiento de estupor, asombro ó indignación se notó en la multitud; la cual, después de ligera vacilación, salió corriendo en apretada piña hacia la casa del regidor en cuestión. Como de encrespado mar, sentíase el rumor de los toledanos que á aquel punto se dirigían.

Llegados á la *casa de los Padillas*, Diego Hortún, Rodrigo de Lara y Alonso de Hurría, amigos de gran intimidad del que había de ser jefe de las comunidades, se adelantaron á la casa de éste con ánimos de hacerle saber el deseo de Toledo, contrario á su partida á la corte. Los criados de Padilla dijeron haber salido éste para el sitio mandado por Su Alteza; y en el momento, era de ver la precipitación con que muchos corrieron para alcanzar al fugitivo, no tardando, con el mismo fin, en montar á caballo y en darle alcance los dichos Hortún, Lara y Hurría, quienes le hicieron volver en calidad de preso de la ciudad (1).

(1) Los historiadores se muestran, acerca de este punto, partidarios de opuestas tendencias. Aseguran unos que esta huída y la prisión que le siguió, fué una emboscada que preparó el mismo Padilla, para aumentar la indignación del pueblo. Otros suponen ajeno de todo á Padilla, cuya marcha á la corte creen verdadera, y al pueblo obrando espontáneamente para impedirle llevara á cabo su determinación. Creemos igualmente exageradas ambas opiniones; y por no ser oportuno de este lugar extenderse demasiado en este punto, no pasaremos á hacer consideraciones y únicamente diremos nuestra opinión, que no es

En tanto, la multitud, en el más alto grado de indignación, presentábase amenazadora: á cada momento transcurrido, mayor acentuación tenía el motín que desde las primeras horas de la mañana amenazaba estallar en Toledo. Grandes voces, gritos inarticulados, palabras que la ira hacía aparecer más violentas, se oían por doquier.

Pronto el ruido producido por algunos caballos al caminar á buen paso, y las voces de algunos hombres que les seguían, anunciaron á los que en la plaza en que la puerta del Perdón de la iglesia mayor y la casa comunal estaban (1) (en

otra sino la consignada en este capítulo, puesto que, dada la indecisión en que aún se encontraba el regimiento de la ciudad para tomar una determinación enérgica, acaso surgiría en el momento á la mente de Juan de Padilla el pensamiento de lograr que el pueblo resolviera; ó bien, dado su carácter recto y franco, marchara resueltamente á la corte, desesperanzado de lograr la realización de sus deseos.

(1) La casa comunal de Toledo estaba, en la época en que ocurre la acción, edificada sobre el mismo solar que la que hoy existe, de la cual aún forma parte algún trozo del edificio primitivo.

cuyo sitio se había replegado la gente) la aproximación de los que conducían preso al regidor Padilla.

Al desembocar en la plaza los jinetes y sus acompañantes, descargó la ira popular cual tormenta mucho tiempo contenida. Hubo momentos en que aquello semejaba un volcán en completa erupción, cuya lava fueran los rugidos y voces de aquella gente en formidable rebelión, desde entonces, contra su rey.

—«¡Muera Xebres! — gritaban unos (1).

—¡Muera el *Capró!* — aullaban otros, señalando con tan bajo calificativo al maestro de Carlos V.

—¡Viva Hernando de Avalos!

—¡Mueran los flamencos que han robado á España!

—¡Viva Juan de Padilla!

—¡Vivan los padres y defensores de esta república!»

Hombres y mujeres, viejos y jóvenes,

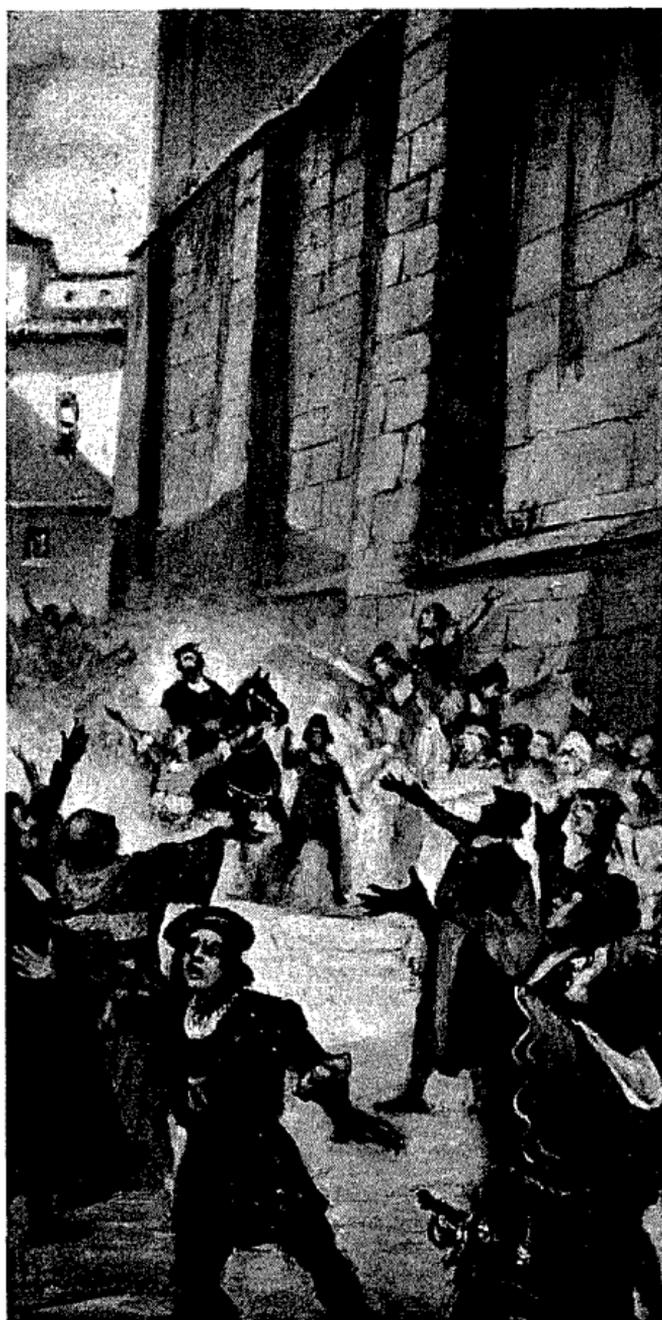
(1) Las palabras del diálogo cogidas entre comillas están tomadas de la obra *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, de fray Prudencio de Sandoval y Rojas, edición de 1617, t. 1, pág. 211, colum. 2.^a

canónigos y frailes, todos chillando, con las fauces secas de tanto vocear, y el rostro y el traje descompuestos, rodearon á Padilla; el cual, serio y grave, protestaba del acto de fuerza con él realizado al impedirle prestar el debido cumplimiento al mandato real; á lo cual argüían los toledanos «que no se había de consentir que él ni los demás caballeros saliesen de Toledo,» por ser esto «perdición de todo el pueblo, y gran desagradecimiento y crueldad dejarles ir á padecer» (1).

Gallarda figura presentaba en aquellos momentos el que había de ser mártir en Villalar. Montaba un hermoso caballo alazán de finos brazos y airosos movimientos (2). Sentado Padilla sobre la montura con marcial continente, denunciaban, las grises calzas que ceñían sus piernas, una varonil musculatura. El cuerpo, de armónicas proporciones, vestido por colete de velludo corinto, sobre el cual llevaba un

(1) *Ibíd.*

(2) «...y como el caballo de Juan de Padilla era regalado...» (Pedro de Alcocer: *Relación de las comunidades de Castilla*).



gabán de paño de Segovia, presentábase esbelto y erguido sin arrogancia. Cubría la cabeza, de puras líneas, un birrete de velludo del mismo color del colete, adornado con airosa pluma blanca, sujeta por rico joyel. Se notaba en ciertos rasgos fisonómicos la decisión y el empeño de que no había de tardar en dar imperecedera prueba. Larga espada del *perrillo*, con vaina de cuero, pendía del costado; y la mano, cubierta por fina quiroteca, sujetaba el rendaje, que partía del freno cincelado que el bruto tascaba y envolvía con la blanca espuma que por su boca arrojaba.

Los toledanos hicieron detener á Juan de Padilla, una vez llegado éste á la puerta del *Mollete* (1) de la iglesia mayor

(1) En la actualidad se llama *Puerta del Niño Perdido*. En la época que nos ocupa, la llamaban como queda dicho; nombre debido á que en ella se repartía de antiguo una limosna diaria de pan cocido, en piezas de media libra, que llamaban *molletes*, cuya importante limosna (600 fanegas de trigo anuales) la pagaban por terceras partes el arzobispo, la *obra* y *fábrica*, y el cabildo. También se llamó dicha puerta *de la Justicia* por haberse en ella administrado por largo tiempo. (Parro: *Toledo en la mano*, t. I, pág. 655).

(catedral), y con grandes voces y algazara le hicieron apearse del caballo y entrar en dicho templo en calidad de preso de la ciudad, dándole por cárcel ó alojamiento la capilla de don Pedro Tenorio, no sin antes haberle obligado á «hacer pleito homenaje, como caballero, de que no saldría de allí sin licencia y mandato de ellos» (1). Ocupaba la capilla de don Pedro Tenorio (2) la primera bóveda de la galería norte: era bastante extensa y á la sazón estaban sus paredes pintadas al fresco. En el centro se encontraban los sepulcros, con estatuas yacentes, de don Pedro Tenorio, su fundador, y del doctor don Vicente Arias de Balboa, obispo de Plasencia.

Allí quedó el comunero. La tarde tocaba á su mitad. El silencio, el misterio que la soledad dejaba imaginar, los leones que sostenían la estatua yacente del arzobispo Tenorio, las estatuas de los dos próceres de la iglesia, parecía como que

(1) Conocida con el nombre de *Capilla de San Blas*.

(2) Pedro Mejía: *Relación de las comunidades de Castilla*.

se animaban, incitando al prisionero á seguir, sin cejar un punto, el camino emprendido. Todo esto sumió á Padilla en profundas meditaciones. ¡Qué pensamientos tendría en aquellos instantes! ¡Cómo se presentaría en su inteligencia el estado lastimoso de la patria, la impudicia dominando, los empleos vendidos, los principales cargos desempeñados por codiciosos extranjeros, atentos más al propio lucro que al esplendor de España! ¡Qué dulces sentimientos se despertarían en el alma de aquel hombre al considerar los inmensos beneficios que reportaría á la patria el triunfo de las comunidades!

Meditabundo estuvo Juan de Padilla el tiempo que pasó en la prisión. Apoyóse en la estatua de Tenorio, y allí dejó vagar su imaginación por los espacios infinitos é insondables. El ruido de pasos apresurados le hizo volver á la realidad. Un grupo de gente bastante compacto abrió la capilla de San Blas, é hizo entrar en ella, no obstante las repetidas protestas de los mismos, á Hernando de Avalos, Gonzalo Gaitán y Pedro de Ayala, los cuales permanecieron allí en unión de

Padilla, hasta ser conducidos á sus respectivas casas, donde continuó su prisión.

En tanto, el pueblo en masa, una vez puestos á buen recaudo los regidores antedichos, se dirigía á casa del corregidor don Antonio de Córdoba, lo cual se hizo «con tanto bullicio, que en muy poco espacio acudieron y concurrieron más de seis ó siete mil hombres, los más de ellos con armas» (1).

¿Quién pone dique á las pasiones de un pueblo, y más si la causa que le anima es justa? Así fué que obligaron al corregidor y á sus oficiales á jurar «servir á la comunidad, no al rey ni á sus consejos ni gobernadores» (2). Una vez hecho esto, se apoderaron de las puertas y puentes de la ciudad, costando algún esfuerzo únicamente el puente de San Martín, y, sobre todo, el Alcázar, que defendía don Juan de Silva. Poco tardaron los amotinados en ser dueños de la ciudad; pero en cuanto lo consiguieron pusieron en libertad á los regi-

(1) Martín Gamero: *Historia de Toledo*, pág. 499.

(2) Sandoval: *op. cit.*

dores presos, y Juan de Padilla, Hernando de Avalos, Gonzalo Gaitán, Juan Carrillo y don Pedro de Ayala, con el título de *diputados generales* organizaron los servicios públicos y la administración de justicia, cargos todos abandonados por sus poseedores. Constituído en sesión permanente el común, se escribió á las demás provincias comprometidas, haciéndoles invitación á seguir su conducta, y sin momento de reposo se siguió, fija la vista en la gran idea, el camino emprendido.

A todo lo necesario se atendió: el dinero lo daban, en primer término y de su propio peculio, los diputados generales; en segundo término, los habitantes de la ciudad adictos al movimiento, incluso el mismo cabildo de la catedral y las órdenes religiosas. Se carecía de cañones: el pueblo apeó las campanas de varias iglesias (1) y con ellas se fun-

(1) Una campana de Santo Tomé quedó clavada en el suelo al caer de la torre y permaneció así algún tiempo, de donde se llamó, al punto en que estaba, *calle de la Campana*, con cuyo nombre hoy se la conoce. (Martín Gamero: op. cit., pág. 950).

dieron por algunos toledanos que espontáneamente se ofrecieron á ello, repartiéndose después á los pueblos y ciudades necesitadas (1); y todos, quién más, quién menos, contribuyeron, según sus fuerzas lo permitían, á procurar el triunfo de la libertad y de las leyes, en esa epopeya nacional llamada *Las Comunidades*.

* * *

Las campanas de las numerosas iglesias de Toledo dejaban oír sus metálicos sonidos. De vez en cuando algún grupo de habitantes de la ciudad pasaba por las calles con el semblante animado y sosteniendo acalorado diálogo. A lo lejos oíase el sonido del bélico clarín ó del guerrero tambor, y algún hombre de guerra se dirigía con presuroso paso al convento de Santo Domingo el antiguo, en cuyas inmediaciones estaba la *casa de los Padillas*. Las mujeres, con los ojos anegados en lágrimas, acompañadas de algún toledano armado de todas armas, seguían aquella

(1) Moraleda: *Recuerdos y tradiciones de Toledo*, 2.^a ed., pág. 20.

dirección, la cual llevaban también los chiquillos, que con gran algazara simulaban la marcha de un ejército.

Aquel día era el designado para salir de Toledo las tropas que al mando de Juan de Padilla habían de auxiliar, en unión de las de Madrid, á la ciudad de Segovia en el duro aprieto en que la tenía el feroz alcalde de Ronquillo.

El ejército se reunía en la casa de su caudillo Padilla, para desde ella emprender la marcha y llegar á unirse, pasando por Madrid, con Bravo en *El Encinar*.

Junto á la casa de Padilla estaba ya la tropa dispuesta para la marcha. Componíanla mil hombres de á pie, cien jinetes mandados por Hernando de Ayala, y algunas piezas de artillería. Todos los soldados iban bien equipados y provistos de coseletes ó de petos, escopetas, picas y otras máquinas guerreras, y llevaban en su pecho una cruz roja de paño, signo de comunidad.

Muchos vecinos de Toledo y algunos de los pueblos comarcanos rodeaban á los que pronto lucharían con los imperiales, y en el rostro de los que en la

ciudad quedaban se veía pintado el vehementísimo deseo que de seguir á los expedicionarios sentían.

En tanto, Juan de Padilla, nombrado *capitán general* del ejército comunero en 5 de Julio, ultimaba los postreros detalles de la expedición, y se despedía de su tierno hijo, de su noble esposa doña María de Pacheco y de sus buenos amigos y compañeros, que quedaban encargados de la gobernación de Toledo, y á quienes dió atinados consejos é hizo muchas advertencias, por ser Padilla de delicado juicio y de discreción suma.

Poco tardó en aparecer en el zaguán el corregidor toledano, acompañado de sus deudos y amigos, destacándose de todos los que le rodeaban. Era Padilla de estatura más bien alta que baja, de esbelto cuerpo y elegantes movimientos; llevaba barba corta á la usanza flamenca recientemente introducida; morena era su tez, y duro y dominante su mirar. Vestía á lo que llamaban entonces *media jineta*, y consistía su traje en gola, coraza, sobre la que llevaba la roja cruz, brazales y quijotes; calzaba alta bota de cuero y dorada es-

puela. Un paje le seguía á distancia, llevando el casco que había de reemplazar en las batallas al birrete que cubría la cabeza del comunero.

Pronto montó Juan de Padilla sobre el caballo alazán que, sujeto por un paje, esperaba impaciente el momento de la partida.

Los clarines dejaron



oir sus alegres sonidos, los tambores redoblaron, y la tropa comenzó á marchar, formados en columnas de cinco soldados cada una, con sus capitanes y el alférez que llevaba el rojo pendón de las comunidades. En el balcón principal de la casa

se encontraban doña María de Pacheco y su hijo, rodeados de sus damas y deudos. Al llegarle el turno de marchar, Padilla levantó los ojos hacia el balcón y envió un beso á aquellos pedazos de su corazón. Los espectadores quedaron silenciosos y se descubrieron con respeto. Semejante silencio fué roto por una voz de mujer, aunque varonil y enérgica... Era la de doña María Pacheco, que con ademán terrible dijo á su esposo:

—¡Señor Juan de Padilla! ¡No olvidéis que os he elevado hasta mí!

Los últimos comuneros desaparecieron por la callejuela próxima, y aún doña María permanecía en el balcón señorial, volando, acaso, su fantasía por ignotas regiones.

La comitiva, en tanto, rodeada del pueblo que la vitoreaba sin cesar, salía por la puerta vieja de *Bisagra*, con dirección á Madrid.. Al poco tiempo una espesa polvareda ocultó, hasta que desaparecieron tras los cerros de Carrasco y Valparaíso, los que iban á derramar su sangre por las libertades patrias.

* * *

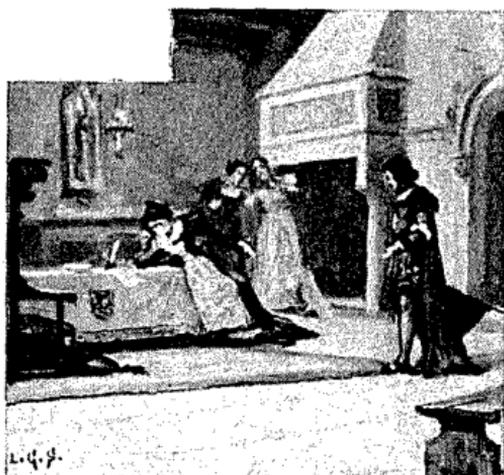
La lucha de las comunidades siguió por espacio de algún tiempo con éxito dudoso para cada parte. La derrota de Villalar puso término, por decirlo así, á esta lucha titánica; pues únicamente Toledo, alentada y mandada por la viuda de Padilla, mantuvo enhiesto el pendón de la rebeldía y la protesta.

Algunos días después del desastre de Villalar, cuando aún no se tenían en Toledo noticias de tan desgraciado hecho de armas ni de la afrentosa muerte de los esforzados caudillos Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, de Toledo, Segovia y Salamanca, respectivamente, se encontraba doña María de Pacheco pensando acaso en su marido ausente y en la marcha de los negocios del bando que aquél acaudillaba, cuando un paje le anunció pedía licencia para verla Sosa, el criado de su señor.

Ordenó la dama que fuera conducido á su presencia, y el corazón le auguró algo terrible acaecido á su noble esposo.

Sosa entró. Tenía el traje destrozado y cubierto de lodo, y su rostro estaba sombrío. Con voz alterada y conteniendo á duras penas su llanto, dijo:

— Señora: pluguiera al cielo que otro que yo fuera el que os participara la horrible nueva.



— ¿Qué ocurre? ¿Y vuestro señor y mi dueño? — dijo doña María sin poder contener su impaciencia.

— El señor Juan de Padilla fué vencido el 23 de Abril (1521), y decapitado, con otros, el día 24.

— ¿Fué vencido, decís? — le preguntó la ilustre matrona, más atenta á la suerte de la patria que á la propia.

Sosa le refirió la triste jornada, la cobardía y el terror de algunos, las proezas de otros; y le entregó, por último, el pliego escrito por la propia mano de Padilla momentos antes de morir, y salió de allí para terminar su misión entregando otra carta á los regidores.

Cogió la carta la de Pacheco, y con voz entrecortada leyó lo siguiente:

«Señora: Si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y dél recibida en algún servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo; ni á mí me lo dan, ni yo querría más dilación á la corona que espero. Vos, señora, como cuerda llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos: vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiso. A Pero López, mi

señor, no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero más dilatar por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta; y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso. — *Juan de Padilla.*»

Terminada la lectura de la carta, una lágrima, débil tributo á su naturaleza de mujer, rodó por las mejillas de la noble dama; y, abrazándose al hijo de sus entrañas, permaneció así por breves instantes, pasados los cuales se levantó, y con la mayor resolución, con acento enérgico y terrible, exclamó:

— ¡Señor Juan de Padilla, os habéis portado como deseaba y era propio de vos! ¡Vuestra esposa os vengará! Únicamente sobre ruinas y cadáveres entrarán los imperiales en Toledo.

Y saliendo al balcón comenzó á narrar

á los toledanos, con grandes voces, su desdicha, pidiéndoles al propio tiempo vengaran al que por ellos había muerto á manos del verdugo.

En tanto, Sosa había entregado á los regidores la carta que para su ciudad natal le diera Padilla, después de hacer á aquéllos saber la muerte del caudillo toledano y sus compañeros, y la derrota de Villalar.

Allí estaban los regidores adictos al movimiento comunal, y ante ellos dió Sosa lectura del pliego, que fué escuchada por todos con imponente silencio.

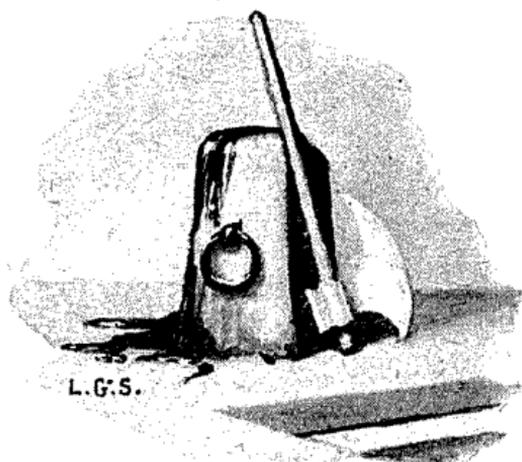
«A la ciudad de Toledo, mi patria:

»A tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada; á tí, que por derramamiento de sangres extrañas, como de las tuyas, cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades: tu legítimo hijo, Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nom-

bradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi buena voluntad, la cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió más que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida; pero mira que son veces de la fortuna que jamás tiene sosiego. Sólo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos, muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aún yo no la sé aunque la tengo bien cerca; mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo como patrona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es mío. Ni puedo más escribir, porque al punto que ésta acabo tengo á la garganta el cuchillo, con más pasión de tu enojo que temor de mi pena. — *Juan de Padilla.*»

Una vez terminada la lectura, enviaron los regidores á la viuda de Padilla un mensaje en que le decían que Toledo cumpliría con su deber.

Sin embargo, pronto decayeron los ánimos; pero cuando el valor abandonó á los hombres ilustres, una mujer atacó la heroica empresa de hacer siguiera la enseña de las comunidades *¡Santiago y Libertad!* defendiendo á Toledo contra las huestes de Carlos I, que no lograron entrar en la imperial ciudad hasta que la heroína, abandonada por los suyos, no sin defenderse durante cuatro meses en la ciudadela, huyó disfrazada á Portugal el 16 de Octubre de 1522. Digno remate que la imperial ciudad, mandada por D.^a María de Pacheco, puso á la grandiosa obra allí comenzada, las Comunidades, y que, á triunfar, hubiera ejercido influencia poderosa en la suerte de nuestra España.





VI

Nemine discrepante

Conocida la importancia de la ciudad de los Concilios, sabida la grandísima influencia que en letras y artes ejerció siempre, fácil es suponer la existencia de establecimientos públicos de enseñanza que compitieran con los de otros puntos, si no en número, en solidez de los conocimientos que allí se adquirían.

El que así piense, acierta en un todo. Toledo, la ciudad cuya pérdida lloraron

largo tiempo los musulmanes, brilló de muy antiguo por la importancia de sus centros científicos: allí estuvieron situadas doctas universidades árabes, no menos notables que la de Córdoba del tiempo de Abderrahmán III y las que en Sevilla, Granada y otras poblaciones musulmicas hubo posteriormente; allí, cuando fué expulsada de Sevilla, estuvo por largos tiempos la célebre academia rabínica de aquella población.

Ondeando en las murallas de Toledo el pendón de Castilla, elevándose esbelta y gallarda la cruz del Redentor en las altas torres y minaretes, no es de extrañar, continuando la tradicional cultura una vez el sol del renacimiento luciera, se fundase alguna universidad que, si no de la importancia de las que allí mismo en otros tiempos hubo, alcanzara la altura de las otras existentes á la sazón en España. Así sucedió: desde el año 1374 se comenzaron á crear multitud de estudios bajo la denominación de *colegios*, á imitación de los existentes en Bolonia, Salamanca, Butingham y otros puntos de Europa, cuyos colegios toledanos fue-

ron el nacimiento de la universidad real y pontificia que, posteriormente, y con gran gloria para maestros y estudiantes, existió hasta que, modificado el plan de estudios el año 1845, desapareció, sustituyéndola en el mismo edificio el instituto provincial que á la sazón existe.

* * *

Corría el año 1599. Los alrededores del antiguo *Colegio de Santa Catalina* (1), universidad toledana después, se hallaban ocupados por gran número de estudiantes en cuyos rostros se notaba la mayor animación y alegría. Paseaban unos, terciado el viejo manteo y el grasiento sombrero echado á la nuca; formaban, otros,

(1) Fué fundado este colegio en 1490, con autoridad pontificia de Inocencio VIII, otorgada en 1485, por el doctor D. Francisco Alvarez de Toledo y Zapata. Estuvo poco tiempo en unas casas situadas junto á San Andrés, estableciéndose después en la propia del fundador, hasta que á principios del siglo XVI se amplió el local con las casas del conde de Belalcázar D. Alonso de Sotomayor, y de D.^a María Velasco, mujer del almirante Alfonso Enríquez.

grupos, completamente desembozados y el manteo colgando; y de sitio en sitio rompía la uniformidad del negro ropaje algún colegial de Santa Catalina con su traje de paño burdo y su beca grana, ó los colegiales de San Bernardino (1) con traje igual al que en Salamanca usaban los colegiales de Cuenca, consistente en lobs encerradas, becas de paño morado y bonete negro; ya, en fin, los procedentes de los colegios de Infantes y Viejo, con sus becas de distintos colores, pues de todos los colegios había allí número bastante crecido.

Animada andaba la estudiantina, como dicho queda, y podían verse allí, entre los que por aquellos sitios arrastraban sus manteos, muchos jóvenes que pronto darían días de gloria á las letras y á las ciencias patrias, y fama merecida al centro de donde sacaron las primeras y fundamentales nociones.

Poderosamente llamaba la atención, en

(1) Fué fundado este colegio, en 1581, por D. Bernardino Zapata de Herrera, canónigo y capiscol de la catedral, el cual fué patrón del colegio de Santa Catalina.

un grupo, un mozalbete de buen aspecto, ojos vivos y continente simpático, que peroraba acerca de la superioridad de la teología sobre la jurisprudencia. Empleaba tan sólidos argumentos y era tan elocuente y persuasiva su oratoria, que todos cuantos le rodeaban le oían con deleite y afirmaban á cuantas conclusiones sacaba el joven en su improvisado discurso, excepto aquel que le llevaba la contraria, jurista recalcitrante, el cual defendía su tesis con no menos calor y elocuencia.

En muchos grupos se discutían puntos científicos ó literarios; pero en otros tratabase de amores y pendencias, á cuyas distracciones eran muy dados, como los de las demás de España, los estudiantes de la universidad toledana. Pronto se pasaba, en aquellas reuniones, revista á la crónica escandalosa de la ciudad, y no menos comentaban en ellas que la *Instituta* de Justiniano, las debilidades de las bellezas toledanas.

Rodeado de una porción de estudiantes estaba un joven patiestevado, enjuto de carnes, de aguileña nariz, sobre la cual cabalgaban descomunales vidrieras, que

era oído entre estridentes carcajadas, muestra del agrado con que celebraban los dichos del ingenioso joven cuantos tenían el placer de oírle.

—¿Es eso cierto, Francisco?— decían á voces.

—Como lo oís,—repetía el aludido,



que no era otro que don Francisco de Quevedo y Villegas.— Puedo asegurarlo, pues yo mismoleché

la zancadilla al salir de la ratonera.

—Cuenta como fué,—dijeron algunos que, llegados tarde, deseaban enterarse del suceso.

—Es sencilla la cosa. Tuve noticias de que el *dómine* del colegio de Infantes andaba haciendo cortejo á la sin par belleza de D.^a Aldonza, la dueña de mi amada D.^a Leonor de Ozueta, y desde luego pensé en hacerle pagar caro

semejante atrevimiento, y, sobre todo, el mal tercio que en mis amores me hacía.

—Bien hecho,—interrumpió uno.

—*Justitia et æquitas*,—dijo otro con tono doctoral.

—¿De qué medio te valiste?

—Yo sabía, por haberlo averiguado mi señora D.^a Leonor, la hora en que el *dómine* solía ver á la buena D.^a Aldonza, que no era otra que después del toque de *cubre-fuego*. Anoche, convenientemente oculto en el quicio de una puerta cercana, aceché la venida del doncel y escuché la conversación con la dueña, que dígoos que fué sabrosa y divertida; sobre todo cuando decía el *dómine* á la dueña ser la más hermosa de cuantas mujeres hay en Toledo. ¡Vaya una belleza!... Habéis de saber que pasa semejante Venus de los cincuenta inviernos.

Una sonora carcajada resonó en el corro, avivándose más la alegría y regocijo de los que escuchaban, los cuales interrumpían frecuentemente al narrador con frases picantes y divertidas.

—Cuando más entusiasmado estaba el

dómine,—continuó Quevedo,—entréme en el portal de la casa, dentro del cual hay una cancela á la que estaba asomada la D.^a Aldonza, y cerré la puerta con tanto estruendo que allí creyó el enamorado terminar sus días bajo el maderamen hundido de la casa. Aprovechándome del estupor que le dominaba, ahuequé la voz, y en clásico latín le dije:—Mañana ¡oh, buen *dómine*! sabrá el señor maestro-escuela los pasos en que vuesarced anda. Con lo cual era de ver el espanto en que metí al pobre diablo. Cansado de tanta espera, entreabrí la puerta, no sin antes colocarme en forma que pudiera haber cerca de mí al que saliera. Una vez creyó franca la puerta, salió el *dómine* huyendo con el mayor espanto; pero, al franquear el postigo, con mi gentileza acostumbrada le eché la zancadilla y cayó de bruces dando lastimeros alaridos.

Es fácil suponer la algarada, la risa y las bromas que entre los estudiantes produjo el lance, el cual no tardaron en saber cuantos en los alrededores de la universidad estaban, por haberle con-

tado, aumentado en proporciones y detalles, cuantos le oyeron de boca del que más tarde había de ser ilustre poeta, regocijo de las musas, y uno de los más doctos varones de sus tiempos.

Cuando mayor animación había entre los estudiantes, vieron salir de su oficina al señor bedel y encaminarse á la puerta de la universidad, llegado á la cual se vió rodeado y acosado á preguntas por los que tanto tiempo esperaban.

Vestía el señor bedel ropilla negra y capa casi tan larga como un manteo, y llevaba en la mano unas cuantas cédulas escritas en estrechos y largos papeles, las cuales había de distribuir entre los señores del claustro, que le componían los doctores, maestros ó licenciados, y los bachilleres de más reputación.

—¿Puede decirnos el señor bedel,— le interrogó un estudiante,— si hay mañana, por último, toma de borla?

—Ciertamente que la hay,— contestó el señor bedel;— ahora mismo voy á hacer la invitación *ante diem* (1) á los

(1) Los bedeles invitaban el día anterior, á cuantos componían el claustro, para los ejerci-

señores, y al paso á dar noticia de ello á la iglesia mayor (catedral), en cuyo templo estarán terminando ya de levantar el cadalso necesario. Esta misma tarde oirán vuesarcedes los toques de rúbrica, tañidos por la campana del convento de San Pedro Mártir, que tiene privilegio para ello por las constituciones reales y pontificias.

Gran satisfacción produjo á los estudiantes tal noticia, por esperar bastante tiempo ya el acto que había de celebrarse al día siguiente, según el bedel, en razón de ser el graduando uno de los más queridos compañeros y de los que más tiempo pisaban las toledanas aulas.

Circulada por los corrillos la noticia, salieron todos los estudiantes que por aquellos contornos había, con dirección al Cubillo de San Vicente, en cuyo sitio vivía el que en breve había de tener asiento en el claustro universitario. Llegados allí, salió el licenciado á saludar á sus antiguos compañeros, y todos ellos, precedidos de alegre música y gritería, cios, tanto de licenciado cuanto de doctor, sin cuyo requisito no eran válidos.

se dirigieron á la universidad, en cuyo punto habían de tener lugar los actos secretos necesarios para obtener la codiciada borla de doctor en jurisprudencia ó *in utroque jure*.

Las gentes detenían su marcha y los vecinos se asomaban á los balcones y ventanas en las calles del tránsito para ver pasar la comitiva, la cual, si no podía en modo alguno compararse con la lucida que acompañaría al catecúmeno al siguiente día, era más espontánea, más bulliciosa, más pintoresca, y, sobre todo, más estudiantil por componerla exclusivamente los mozos que tomaban asiento en los duros y honrados bancos de la universidad toledana.

Proverbial era el esplendor con que se verificaban en Toledo tales fiestas, hasta el punto de no ir en zaga de la universidad salmantina, ni de la complutense y vallisoletana; mas en esta ocasión indudablemente había de hacerse con excepcional lujo y esplendor, por ser el graduando persona de ilustre prosapia y considerables riquezas, y por ser grandemente querido de los maestros que com-

ponían el claustro y gremio de la universidad, de la cual fué siempre aprovechado discípulo.

La tarde que nos ocupa habían de tener lugar los *actos secretos*, que consistían en defender un punto elegido entre otros; haciendo objeciones los individuos del claustro. Llegados al anchuroso patio de la universidad, los estudiantes vitorearon al graduando al tiempo de ser éste incomunicado en el salón que para *la secreta* estaba destinado, después de cuya incomunicación tendrfa lugar el ejercicio.

En tanto, oíase la campana del convento de San Pedro Mártir, anunciando con su alegre repiqueteo, á la ciudad, el gran acontecimiento del día siguiente y la gran honra que alcanzaba albergando en su recinto al que había de alcanzar el derecho de lucir la borla de doctor.

Los estudiantes, esparcidos por las callejuelas de Toledo, no cesaron en toda la noche en sus jolgorios y músicas, celebrando así el fausto acontecimiento universitario; pero las que de ello salieron gananciosas, como siempre aconte-

cía, fueron las damas toledanas, las más hermosas de las cuales, no cesaron en toda la noche de oír las lucidas serenatas y las ingeniosas canciones con que la turba estudiantil de sus admiradores celebraba sus encantos y belleza.

* * *

No serían las cuatro de la tarde del siguiente día y ya estaban reunidos todos los individuos de la universidad en el local de la misma. En espera de la hora en que había de ponerse en marcha la comitiva, estaban en el gran patio, rodeado por cuarenta hermosas columnas de mármol blanco, los doctores y maestros que componían el claustro, todos con sus insignias y vestiduras académicas, con sus birretes cuadrados de grandes borlas de diversos colores, según la facultad á que pertenecían, de cuyos mismos colores eran las mucetas de brillante seda, completadas por una pequeña capucha á la espalda que antiguamente se supone sirviera para cubrir la cabeza (1).

(1) *Las universidades en España*, artículos

Algo impacientes andaban ya cuantos esperaban, cuando un ligero murmullo dejóse oír... Era el maestro-escuela (1) que llegaba, único que faltaba para ponerse en movimiento la comitiva. A poco se organizó la marcha.

Iban primeramente los maceros de la universidad y el clarín y timbales de la misma, seguidos de los bedeles. Caminaban á pequeña distancia los estudiantes de todas las facultades, que eran las de cánones, jurisprudencia, medicina y filosofía, y los de los colegios de Santa Catalina, San Bernardino, Viejo é Infantes; seguían el graduando y su padrino á derecha é izquierda del maestro-escuela respectivamente, y, por último, los cate-

publicados por mi respetable maestro, D. Vicente Lafuente, en el *Anuario Revista de la Universidad Central*, tomo VII.

(1) El maestro-escuela de la catedral era canciller de la universidad y su jefe, por cuya cualidad érale reservado á él, cual acontecía en Salamanca, conferir los grados de bachiller, maestro ó licenciado y doctor en todas las facultades, así como imponer las insignias, si bien esto último solía delegarlo en el decano respectivo.

dráticos, doctores, licenciados y bachilleres, todos con sus insignias, y caballeros y gente noble de la ciudad. Traspusieron en esta forma la hermosa y amplia portada de piedra del edificio universitario, y se encaminaron, por las principales calles, al *Zoco*, para desde allí dirigirse á la catedral.

Las calles y plazas del tránsito estaban adornadas y llenas de gente, que presenciaba tan lucido paseo por la ciudad (1). Las jóvenes miraban al graduando con ojos de deseo, y los padres le enseñaban á los hijos para estimular su aplicación.

Llegados á la catedral, entraron en el claustro bajo, en el mismo orden que traían, pues allí había de tener lugar la ceremonia.

En el fondo del claustro, alzábase una espaciosa plataforma, con mucho lujo aderezada (2), en la cual tomaban

(1) «... mayormente en las facultades de derecho y medicina, se hace primero un público paseo por la ciudad con grande autoridad... (Pisa. *Descripción de la imperial ciudad de Toledo, etc.*).

(2) «... se da el grado y la borla en el claustro de la santa iglesia (catedral) en un teatro y cadalso bien aderezado...» (Pisa: op. cit.)

asiento el maestro-escuela, los decanos de las facultades, los doctores y representaciones de los licenciados, bachilleres y estudiantes que tuvieran ganados dos años.

El aspecto que la reunión presentaba no podía ser más grandioso. La majestad y elegancia del claustro de la catedral, los elevados techos, el anchuroso patio, la elegante y lujosa plataforma en la que, en pie, descubiertos (excepción de los doctores y catedráticos) y con severo continente, estaban los nobles del talento y la ilustración, nobleza equiparada á la de la sangre por grado semejante al que en aquella ocasión había de conferirse; abajo, las personas más nobles de la ciudad, la turba estudiantil con sus negros y raídos manteos y sombreros los unos, con sus becas y trajes de colores los otros, todos con su bullicio y alegría peculiar; y á la entrada el pueblo, codeándose por penetrar en el recinto, estrecho para contener tanta gente, con sus abigarrados trajes y sus asombrados rostros; todo ello, en fin, era cuadro adecuado, que honraba ciertamente á



los que le componían, para mayor esplendor del acto que se verificaba.

Pasados algunos momentos, necesarios para que aquella multitud se colocara en aquel recinto, pequeño para contenerla, tomaron asiento los que en la plataforma estaban. Situóse el graduando con su padrino á la derecha del maestro-escuela, que presidía el acto. Entonces los bedeles repartieron á los doctores la propina á que en estos actos tenían derecho, consistente en unos cuantos maravedís y quirotecas que se calzaban en aquel momento.

Sobre la mesa presidencial había una imagen de Cristo crucificado, de indisputable mérito artístico, y á su pie los Evangelios abiertos. Allí estaban también las insignias que habían de colocarse al graduando, que no eran otras que birrete cuadrado con borla roja, quirotecas y un libro.

Una vez conseguido el silencio, el maestro-escuela hizo levantar al graduando y le preguntó el nombre, condición y grados que tuviera, á lo cual contestó el interpelado llamarse Francisco del

Cerro, tener nobleza de sangre y ser licenciado *in utroque jure*, haciendo al propio tiempo profesión de fe católica, solemne promesa de defender el misterio de la Purísima Concepción (1), y el juramento acostumbrado ante la imagen de Cristo y con la mano derecha puesta sobre el libro de Evangelios.

El maestro-escuela se levantó, y el silencio se hizo mayor para oír la sentida y notable arenga que pronunció, en la que hizo la apología del grado y de aquél que le estaba recibiendo, concluida la cual, en observancia de las *Constitutiones*, propuso una cuestión de derecho romano, á la que, con clara y extensa voz y notable ciencia, contestó el graduando, siéndole acto seguido conferido el grado de doctor *in utroque jure*, con la calificación de *nemine discrepante* (2).

(1) Es antiquísimo en las universidades españolas, el defender tan divino, hermoso y poético misterio, que andando el tiempo había de ser dogma de fe en la Iglesia católica.

(2) Esta nota equivale á la que en la actualidad se llama *sobresaliente*, puesto que el examinando era aprobado por unanimidad, sin discrepancia.

Hecha esta declaración, se adelantó el decano, y, puesta el neófito la rodilla en tierra, le cubrió la cabeza con el birrete, le calzó los guantes y le entregó el libro, símbolo de la ciencia, presentándole después á los demás compañeros para que fuera admitido *ad osculum pacis*. Efectivamente, considerado digno de tal honra, fué pasando por ambos lados del estrado, en los cuales se hallaban los doctores ocupando sus sitios, y á todos los compañeros abrazó uno por uno en señal de fraternidad, y á su turno, á más del abrazo, dió el ósculo de paz al maestro-escuela y al decano. Una vez hecho esto, pasó á ocupar el nuevo doctor su sitio, que era el último de la izquierda, por ser el más moderno graduado.

Declarado y reconocido como tal doctor, se arrojaron por el decano guantes á la multitud, dándose por terminado el acto. Púsose la comitiva en marcha seguidamente para volver á la universidad con el mismo aparato que había venido, con la única diferencia de ocupar el doctor don Francisco del Cerro el lugar

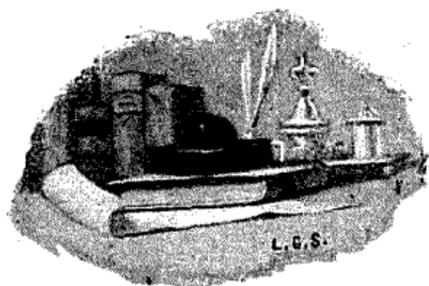
que en el claustro universitario le correspondía. Llegada al sitio donde se formó, ó sea la universidad, y después de felicitar al protagonista, se disolvió la comitiva.

* * *

Aquella noche, previo especial convite del novel doctor á los estudiantes, sus antiguos compañeros, se pasó grandemente de broma, haciendo toda clase de ingeniosas locuras y corriendo el negrillo de Esquivias y los manjares en gran abundancia.

No para todos los estudiantes toledanos fué noche de broma aquella. El estudiante patiestevado, el ingenioso Quedo, autor de la broma al dómine del colegio de Infantes, no pudo asistir; porque enterado aquél de quién fué el autor de su caída, le encerró en un sótano del colegio, sin valerle al gentil doncel, para evadirse del castigo, invocar su calidad de estudiante y por tal las franquicias y preeminencias que tenía con arreglo á la bula que el papa Paulo III dió en 1535.

Esta fué la única nota triste entre tanta alegría y diversión, pues Quevedo era querido y celebrado por todos sus discípulos, alguno de los cuales propuso (y hubieran llevado á cabo, á estar más serenos) incendiar el colegio de Infantes y degollar cuantos *dómines* albergara en aquel y en los sucesivos momentos la imperial ciudad.





V.

Las últimas horas de una fría y lluviosa noche de invierno corrían. Las calles de Toledo estaban completamente á obscuras: sólo se divisaba de tarde en tarde, á lo lejos y como perdida en las

(1) No queremos pasar en silencio que, respecto al asunto que motiva el presente trabajo, existen en Toledo, además de la que desarrollamos, otras dos diferentes tradiciones. Una (la más conocida) que magistralmente desarrolló el gran Zorrilla en su leyenda *A buen juez, mejor testigo*, atribuye el milagro de haber descolgado el brazo la imagen del *Cristo de la Vega*, á que, habiénd-

sombras, la escasa luz de las linternas de alguna ronda de alguaciles que verificaba su expedición nocturna á caza de criminales; y no se oía otro ruido que el producido por la recia lluvia que caía

dose negado el mancebo Diego Martínez á realizar el matrimonio ofrecido á la doncella toledana Inés de Vargas, acudió ésta á la justicia ordinaria para que obligara al joven á hacer por fuerza lo que de grado no quería, y como careciera de otro, puso la demandante por testigo al *Cristo de la Vega*. A su capilla acudió el juez asistido de escribano, y al ser interrogada la imagen acerca del hecho, en prueba de verdad y asentimiento á la oferta cuyo cumplimiento reclamaba la joven y que bajo la efigie del Redentor se hizo, ésta descolgó el brazo, que colocó sobre el libro de Evangelios junto á ella abierto, ante cuyo milagro fué condenado el D. Diego. Otra tradición atribuye tal hecho: á que negando un judío á un cristiano cierta suma que éste le entregó ante la imagen del *Cristo de la Vega*, al ser demandado el judío y careciendo de documento y de testigos, el cristiano apeló al testimonio de la imagen del Redentor, la que, al ser interrogada por la justicia, descolgó el brazo en señal de afirmación, con cuyo milagro no tuvo el judío otro remedio que abonar la deuda. El lector podrá considerar más verosímil la que juzgue conveniente, pues las tres son meras tradiciones, y por tanto sin certeza histórica.

con fuerza y entre cuyo violento goteo se percibía la inconfundible y lastimera voz de algún individuo de la caritativa *Ronda de pan y huevo*, que buscaba, acompañado de otros hermanos, los infelices que, sin casa ni hogar, sin alimento ni ropa, estuvieran perdidos, muertos de frío y hambre, por las encrucijadas y revueltas de las calles toledanas.

Al cruzar por la del *Pozo Amargo*, y ya en lo último de la pendiente cuesta, hubiera tropezado el curioso (única manera de apercibirse de su existencia) con un bulto que, aferrado á una reja, cuchicheaba con alguien que por la parte de dentro de ella estaba, confundiéndose el ruido que producían los labios al balbucir apenas las palabras, con el que hacían al descender las fuertes y abundantes gotas de la recia lluvia que sobre la calle caía.

El bulto, que era el de un hombre, continuaba junto á la reja en la misma posición en que estaba largo espacio de tiempo, sufriendo su cuerpo, completamente desembozado, el continuado aguacero, y sus pies el torrente que por la

pendiente calle buscaba el río para precipitarse en su caudal. Quien pudiera observar lo que ante aquella reja ocurría, no sorprendería, seguramente, en aquel coloquio las dulces frases, las amorosas cuitas, los tiernos suspiros que hacían suponer la soledad de aquellas horas, la obscuridad de la noche, una reja y dentro una dama hermosa (pues tal había) y al pie un apuesto mancebo (pues tal estaba). Por el contrario, si hubiera tenido bastante delicadeza de oído el curioso que por allí pasara, habría escuchado las amarguras de un corazón, las súplicas de unos labios, la actitud humillada de un hombre, muerto de amor, insensible á cuanto le rodeaba, con los besos subiéndose á los labios y los brazos pugnando, sin moverse, por coger en apretado cerco el hermoso cuerpo de la mujer que dentro de la reja oía las palabras del hombre como la lluvia que caía; respondiendo á cada súplica con una despreciativa sonrisa, á cada ruego con una burla, á la actitud humilde, con el más soberano desdén.

Toda la noche duró la conferencia.

Las primeras horas del nuevo día comenzaban á asomar, cuando el caballero abandonaba la calle del *Pozo Amargo*, con la muerte en el alma y la fiebre en el cuerpo. A buen paso se perdió á lo lejos, no sin antes recatar el rostro con el embozo, á fin de no ser conocido por los escasos madrugadores que acudían á los templos cercanos con objeto de oír la misa del alba.

* * *

Gran concurrencia de gente y no pequeña algazara había en la lonja de armero del afamado maestro *Alonso de Sahagún el Viejo*, situada en el callejón de las Armas. Era poco antes del mediodía, y toda la gente moza de la principal de Toledo y muchos caballeros que aunque de más de mediana edad eran grandes aficionados á las armas y al rato de murmuración en la lonja del armero, esperando el toque de la catedral, entretenían el tiempo en picarescas é ingeniosas pláticas, examinando las bien construídas espadas, de tanta fama como

las del viejo maestro, y cuyo temple probaban los aficionados; ó las bruñidas armaduras, cuyas tersas superficies reflejaban la luz que la chispeante fragua enviaba.

Entre aquellos que más inteligencia y afición mostraban por los aceros toledanos se encontraba un apuesto galán como de treinta años, de sombría mirada, altivo continente y no desgraciado rostro, si bien en éste se veían huellas de terrible pesar ó de continuado insomnio. Examinaba con curiosidad una hermosa daga milanesa de doble filo, con muchos acicalados y labores y de bruñida empuñadura. Era D. Luis Portocarrero, persona distinguidísima y de noble alcurnia y abolengo, según acreditaba á las claras su apuesto continente, su lujoso atavío y su altivo mirar. Hacía algún tiempo que era Toledo residencia de D. Luis, quien por esta causa se hallaba separado de su familia y estados, que en Andalucía radicaban, y, según rumores que entre los concurrentes á las lonjas de armeros de Toledo circulaban, no era extraña á aquella continuada residencia en la ciu-

dad cierta hermosa toledana, hija de una de las principales familias que junto al *Pozo Amargo* tenían su opulenta casa, y de quien únicamente recibía desdenes, que él procuraba vencer, aunque en vano, á fuerza de protestas de amor.

No lejos del caballero andaluz, y entretenido en blandir una esbelta hoja de las que el viejo Sahagún hacía por encargo como nadie, ensayando su filo de fábrica sobre el indispensable caballete, cuya faena contemplaban varios curiosos rodeándole, estaba el caballero Gualtero, hijo de una de las más nobles y cristianas familias toledanas. Era el caballero Gualtero bastante joven á la sazón. De blanco rostro y rubio cabello, que caía en bucles sobre los hombros, confundiéndose con el acuchillado de su jubón, tenía la mirada tranquila y era su postura gentil y bizarra, aunque de enjutas carnes y no de gran corpulencia ni elevada estatura.

—Maestro—decía D. Luis Portocarrero, dirigiéndose al dueño de la lonja—digo á vuesa merced que la tal daga es de lo más primoroso que se ha hecho,

y que, cualquiera que sea la cantidad de escudos que por ella queráis, estará bien dada; pues quien en su cinto cuelgue la tal daga, da señales de inteligencia y de buen gusto.

—¡Oh! Señor D. Luis, tenéis razón,—repuso el maestro;—pero tendré el sentimiento de que no quede tan buena prenda en Toledo.

—¿Por qué?—preguntó D. Luis.

—Porque desde que el señor rey don Carlos I el *Emperador* trasladó la Corte de esta imperial ciudad, cuando hay que vender alguna cosa de gusto en cualquier arte, hay que llevarla á donde la Corte se encuentra, y allí llevaré ésta y se venderá. No está Toledo para lujos: los ricos caballeros han dejado la ciudad con la Corte, y ni las artes viven ni los pobres trabajan.

—Razón tenéis; no se repondrá Toledo de tan rudo golpe como es el traslado de la Corte,—dijeron algunos de los circunstantes.

Mientras este diálogo, cogió de manos de D. Luis la daga uno de los concurrentes á la tienda, y con menguada

intención y dejando penetrar las palabras en los oídos de alguno de los presentes, cual si en sus carnes penetrara el agudo instrumento que en sus manos tenía, dijo:

—Buena pieza, D. Luis, para que deje de latir algún corazón que, enamorado, se ve correspondido por cierta dama.

— ¡Oh, sí! — contestó el aludido. — Como en algunos momentos estuviera el corazón al alcance de la daga, yo aseguro que no había de latir mucho.

No bien dichas estas palabras, el caballero Gualtero que las había oído y á quien iban dirigidas, se lanzó en medio del corro que formaban los que así hablaron, diciendo con la mayor calma, sólo comparable á la ironía que envolvían sus palabras:

—No podrá estar al alcance de esa daga, sino por la traición, quien maneja una tizona como ésta, tiene alientos en su alma y se ve en su amor correspondido.

—Pues quien esta daga clave en el corazón, lo hará por antes haber derri-

bado en tierra con la fuerza de su espada á su rival, — contestó D. Luis con el mayor desdén. — No hablemos más. Estoy pronto á probar lo que digo, y de ese modo veremos si sois tan afortunado en pelear con hombres, como en rendir mujeres.

— En la basílica de Santa Leocadia espero esta tarde.

— Allí estaré.

Esta escena fué presenciada en silencio por cuantas personas en la lonja y fragua del armero estaban. Una vez pronunciadas las últimas frases, nadie, sin embargo de que con ellas se concertaba un desafío, se preocupó del asunto lo más mínimo, por ser lances tales muy frecuentes en aquel sitio y estar, por tanto, á ellos acostumbrados. Pasaño el incidente, continuaron los diferentes grupos las conversaciones por él interrumpidas durante un momento, las bromas, los dichos ingeniosos y las murmuraciones de hechos y gentes de la ciudad, hasta que llegado el mediodía, se dejaron oír las campanas de la catedral y cada cual se dirigió á su morada.

* * *

Fría estaba la tarde del día en que ocurrió el hecho de que en el párrafo anterior se da cuenta; el cielo estaba nublado; la hermosa vega toledana desprovista de sus ropajes de verdura. La invernada presentábase aquel año extraordinariamente cruda, y ante la vista sólo se extendía el panorama de los árboles sin hojas, y las tierras, pardas unas, rojizas otras, por no haber aún brotado las simientes poco antes depositadas en el fértil suelo de la vega. Sirviendo de marco á todo ello, veíanse sin frondosidad alguna las colinas que rodean á Toledo, y al pie de ellas, marchando con alborotada corriente, el aurífero Tajo, dejando sus rizadas espumas en ambos lados de su anchuroso cauce. Grandes eran el silencio y la calma que en los alrededores de la basílica de Santa Leocadia había: únicamente llegaban allí los lejanos ruidos de la ciudad, que se confundían con los cercanos del río. Nadie cruzaba por aquellos senderos, y diríase que la vega tole-

dana era un campo abandonado completamente.

Poco antes de declinar la tarde, un hombre embozado en amplia capa, recatando el rostro con el embozo de ésta y con el ala del airoso sombrero que



adornaba hermosa pluma blanca sujeta por rico joyel, bajaba, procedente de la aún no reconstruída puerta de Cambrón, llegando con tranquilo paso á la basílica. Una vez en ella, registró con muestras de impaciencia los alrededores de la

misma, y, no encontrando á nadie, se arrodilló ante la imagen del *Cristo de la Vega* que en la basílica estaba, y durante breves momentos elevó su oración al cielo. La que una vez terminada, se sentó tranquilamente y esperó, bien que no durante mucho tiempo. Por el lado de la *Puerta de Bisagra* llegó á poco don Luis Portocarrero completa-

mente desembozado y con gran precipitación, y, una vez cerca del que esperaba, saludó á éste: acto de cortesía á que él contestó desembozándose.

Eran, pues, los que frente á frente estaban el caballero Gualtero y don Luis Portocarrero, que venían á llevar á cabo el desafío convenido en casa del armero Sahagún *el Viejo*, poco antes de mediodía.

Escasas palabras hablaron: traían prisa los aceros y estaban impacientes en sus vainas. Además, cada rival tenía especial empeño en hacer desaparecer al otro. Sabía Gualtero las pretensiones que cerca de su dama exponía D. Luis, y éste odiaba á aquél por ser la persona que se oponía á lo que él juzgaba su felicidad: el amor de la hermosa toledana. Así, pues, bien pronto estuvieron las espadas en libertad y aun antes de estarlo ya habían chocado.

Larga fué la lucha, pues hábiles en extremo eran ambos contendientes. A cada cuchillada del uno, respondía el otro con un quite magistral. Por último, D. Luis perdió un golpe y Gualtero le hirió levemente haciéndole caer á sus pies.

No bien ocurrido esto, Gualtero limpió la ensangrentada hoja, la volvió á la vaina, y con mesurada frase dijo:

—Si hubierais vencido, la daga milanesa del maestro Alonso de Sahagún hubiera buscado mi odiado corazón, y á estas horas no latiría por aquélla que no podéis hacer que os ame y que con tal hecho os amaría menos. He vencido yo y, siendo valiente como sois, no puedo mataros en tal postura; que tal hacer, ni sería cristiano ni caballero.

—¡Matadme!—gritó D. Luis sintiéndose aún más herido por la generosa acción y palabras de Gualtero, que por la acerada hoja de su espada.

—Levantaos y volved á luchar,—dijo éste, en tanto que ayudaba á D. Luis á ponerse en pie.

—Imposible,—repuso el otro;—debo ser muerto por vos.

Tales, sin embargo, fueron las instancias de Gualtero, que, por último, volvieron á la lucha aun con mayor ardor que antes. D. Luis estaba ebrio de coraje. Así que cuanto mayor era éste, mayores eran las torpezas que cometía,

á causa de las cuales no tardó Gualtero en hacerle caer de nuevo herido.

Otra vez se repitió la escena de antes. D. Luis fué levantado por su rival, quien, con tal acto, nuevamente le perdonaba la vida. Ante tal rasgo, D. Luis estrechó la mano á Gualtero, y con la mayor emoción le dijo:

—Podfáis por dos veces haberme dado muerte: soy vuestro, pues. No tengo otro medio para pagaros esta deuda que renunciar mis pretensiones acerca de la hermosa dama que es dueña del albedrío de ambos. Esta noche salgo para mi país, de donde no he de volver jamás á Toledo. Hacedla muy feliz: es lo único que os pido.

Dijo, apretó con fuerza la mano de Gualtero y se alejó con dirección á la ciudad.

Gualtero se disponía á marchar. Las campanas de la ciudad dejaron oír sus timbrados acordes, y bien pronto la de la basílica de Santa Leocadia las acompañó, invitando á todos á la oración del crepúsculo vespertino. Al oír la esquila, Gualtero cambió su marcha y se dirigió

al templo. Casi á obscuras, pues la luz de la agonizante tarde apenas podía abrirse paso por las escasas vidrieras de la basílica, sin otra luz, puede decirse, que la de la lámpara del Altísimo, Gualtero, cerca del altar mayor, se consagró á la oración. Cuando más abstraído estaba, notó que la imagen del Redentor Crucificado descendía un brazo, indicando la aprobación que le merecía la cristiana y noble conducta que el caballero Gualtero había observado con su rival don Luis Portocarrero.

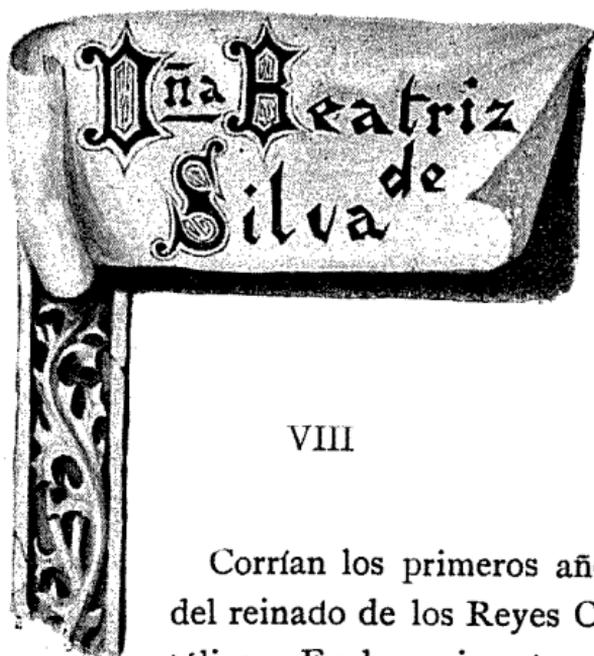
* * *

Divulgado bien pronto por la ciudad tan milagroso hecho, acudieron la mayoría de los moradores de Toledo, con objeto de ver por sus propios ojos el desclavado brazo de la imagen, copia de la cual aún se conserva en la basílica y á cuya efigie en Toledo se tiene devoción extraordinaria, aumentada cada vez más, y con el sencillo y poético nombre de *el Cristo de la Vega*.

* * *

El noble D. Luis Portocarrero cumplió la palabra que á Gualtero diera. Quien aquella noche pasara por la calle del *Pozo Amargo*, en vano intentaría adivinar entre las tinieblas de la noche el doncel que hacía tiempo las pasaba todas en ella rondando la casa de una de las más hermosas y nobles toledanas. Con el corazón destruído por la ausencia prometida, y á sus ojos, con el deshonor en su persona, caminaba don Luis á aquellas horas en su brioso caballo en dirección á Andalucía, su país.





VIII

Corrían los primeros años del reinado de los Reyes Católicos. En la regia estancia celebraba detenida é interesante conferencia con la nunca bastantemente amada reina Isabel, un apuesto joven, perteneciente á la más ilustre nobleza castellana, llamado D. Juan de Ponce. Escuchaba la reina atenta lo que el joven narraba, y en su semblante dibujábanse muy marcadamente los diversos efectos que en su alma causaban las palabras del doncel, ora de repugnan-

cia, ora de horror, ora de altivez; pero nunca de compasión.

El asunto de que trataban ambos personajes era, á no dudar, grave y de difícil solución. Hablaban en voz baja, entendiéndose más con el gesto y la mirada que con las palabras que mutua y débilmente articulaban.

El mancebo, de apostura intachable, daba cuenta á la reina del baldón que sobre la mansión de los monarcas que la cobijaban, y, sobre los propios timbres, arrojaba una ilustre dama portuguesa, con su liviano proceder.

Era esta dama D.^a Beatriz de Silva, de incomparable hermosura, verdadera belleza, como la apellidaban cuantos tenían el placer de verla. Poco tiempo antes vino á la corte castellana consagrándose al servicio de Isabel I, á quien profesaba verdadera adoración, y desde entonces irradiaba en el palacio la luz de su belleza y sus encantos, destacándose y señalándose de las demás que el mismo oficio desempeñaban, no tanto por aquellas sus naturales condiciones, cuanto por su solícito cuidado y esmero en atender

á sus deberes y por el cariño, admiración y fidelidad hacia la persona de su real señora.

De esta dama se ocupaban la reina Isabel y D. Juan de Ponce, y el lector habrá sospechado desde luego con lo dicho que no era por bien de ella ni para su beneficio el fin de la conversación; sino que, antes por el contrario, habría de resultar en su daño, puesto que la envidia y la calumnia trabajaban de consuno para perderla, aposentadas en el arrogante cuerpo del D. Juan, á quien distinguía la reina con singular predilección y cariño.

Desde su llegada á la corte había D.^a Beatriz visto cerca de sí una turba de admiradores, que á porfía y sin descanso la obsequiaban, haciéndola objeto de amorosos pensamientos y deseos, y llegando no pocos jóvenes de elevada alcurnia y antigua nobleza á ofrecerle su mano, sin que á ninguno, ni por un momento, hiciera concebir la hermosa la más ligera esperanza de ver correspondida su pasión. Hacía D.^a Beatriz saber esta su resolución de manera tal

que, á estar serenos los que sufrían los desdenes, bien podrían decir no dejaba lugar á resentimiento ni molestia alguna; mas no ha de olvidarse que la no correspondencia en asuntos de amor, lleva aparejada enemistad, odio y rencor en aquel que es objeto de desvío; trocándose, en este caso, la más sensata persona en el más rastrero y bajo de los criminales. No había D.^a Beatriz de Silva de evadirse de esta que pudiera llamarse ley de amor; así fué, que todos aquellos que habían sufrido sus desdenes, empezaron á porfía la obra de perdición de la que, por su desgracia, provocó tales enemistades, propalando todo género de calumnias, narrando las más inverosímiles y soeces historias, en las que ejercía principal papel D.^a Beatriz; calumnias al principio dichas al oído, que se repetían después en secreto, y como los que las sabían se esforzaban en propalarlas, bien pronto fueron públicas con menosprecio de la que decían ser protagonista de tan livianos hechos.

No era todavía bastante esto; necesitaban los enemigos de la joven que sus

infames suposiciones y embustes llegaron á oídos de la reina, — quien por otra parte algo había oído de lo que ocurría, — que ésta castigara duramente, según en ella era costumbre en tales casos, á la que de manera tal profanaba con sus deslices aquel hogar, modelo y maravilla al exterior de cuantos habitaban tierra castellana. Para conseguirlo, lograron que la calumnia tomara cuerpo en un hombre: un fatuo que, en aras de su despecho, no tuvo inconveniente en desempeñar tan repugnante papel. Quien se atrevió á poner en conocimiento de la reina las horribles calumnias que contra D.^a Beatriz se levantaron, no fué otro que D. Juan de Ponce. Este era el asunto de que se ocupaba en la conversación que tenía con la reina. Esta, grave y severa, no pudo por menos de convencerse de la verdad del relato, al asegurar el don Juan que, él mismo en persona, era quien recibía los favores de la dama, á la cual calificaba de hipócrita y pérfida, porque le constaba que había algunos otros que con él compartían la dicha de agradar á la bella portuguesa.

* * *

Enojada estaba D.^a Isabel I. De sus airados ojos salían miradas terribles contra una joven que, mesándose los rubios cabellos, arrastraba su cuerpo por el suelo y besaba con trémulos labios los pies de la ilustre reina.

En vano eran



las lágrimas que la joven — que no era otra que D.^a Beatriz de Silva — vertía copiosamente de sus azules ojos; las súplicas y ruegos que entre suspiros salían de su boca; las protestas de falsedad de cuanto se le decía; puesto que, aquella

á quien se dirigían, permanecía inexorable, sin vacilar un momento, cual si fuera de duro é inquebrantable acero.

Larga fué la sesión. La joven, que había tenido varios desmayos en el transcurso de ella, ora presentábase altanera haciendo notar su ilustre extirpe á la que no había de manchar con tal afrenta, ora invocaba en su auxilio á la madre de Aquél que tanto sufrió por los hombres, para que la salvara en aquellos momentos.

Para poner término á tal escena, la reina dijo:

—No eres digna de la protección que te he dispensado, ni del nombre que llevas. Las que como tú se deshonoran, no deben aparecer ante la luz: han de estar en las tinieblas que ellas se buscaron. Por esto, permanecerás encerrada, sufriendo toda suerte de rigores.

No tardó mucho en cumplirse la severa orden; la dama portuguesa entró en un encierro, en el que sufrió las mayores privaciones, ninguna en comparación del dolor que ella sentía por su virtud y honor puestos en duda.

Cuantos contribuyeron á perderla, saborearon el triunfo primero; dedicados á nuevas infamias, olvidaron después á la infeliz reclusa; y, por último, nadie volvió á recordar nada que se relacionara con tal hecho.

* * *

En las primeras horas de una mañana del verano de 1485, quienes dirigían sus pasos por el sitio denominado Palacio de Galiana, oían una pequeña esquila que invitaba á oír el santo sacrificio de la Misa en la capilla de un nuevo convento, que poco antes se había fundado, en lo que fué encantadora mansión de la hermosa hija del rey moro de Toledo.

Si hubieran aquellos habitantes de Toledo y los suburbios de la ciudad podido penetrar á través de los dobles hierros de la clausura, hubiesen visto un corto número de religiosas con poética y bella vestidura blanca y azul, no usada hasta entonces en ninguna comunidad toledana, que con el mayor fervor, puestas las rodillas en tierra, la mirada errante



y el corazón elevado al Altísimo, se entregaban á sus consuetudinarios rezos, esperando de esta manera á que el sacerdote diera comienzo al sublime sacrificio de la Misa.

En el centro de las religiosas estaba una cuyo pálido semblante conservaba aún las puras líneas que denotaban haber poseído la devota monja singular belleza. Al mismo tiempo y más que por la edad, adivinábanse en aquel rostro envejecido, sufrimientos tales, que, seguramente, suspenderían el ánimo de quien la contemplase y harían conmoverse los corazones menos sensibles.

Con ser mucha la devoción de aquellas esposas de Jesús, no era comparable á la que tenía aquella de quien antes se ha hecho referencia, y que por el sitio que ocupaba, aparecía ser la superiora de la comunidad. De los azules ojos de la religiosa, que contrastaban con su densa palidez, se despedían miradas tales, que hacían comprender el éxtasis en que se encontraba aquélla, que en su rostro llevaba impreso el sello del dolor, y que no era otra que doña

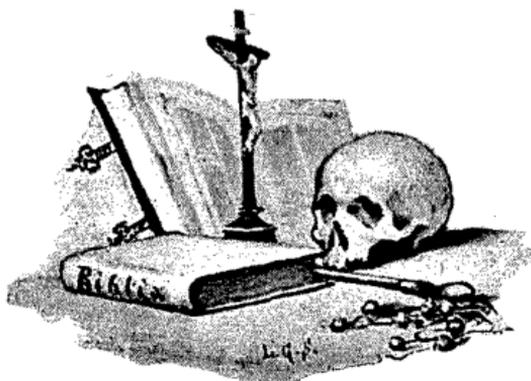
Beatriz de Silva, la hermosa dama portuguesa que al servicio de la Católica reina estuvo.

El cómo se encontraba en este sitio y vistiendo tales hábitos, tiene fácil explicación. Después de largo tiempo de encierro, en el que D.^a Beatriz puso su confianza en el cielo por mediación de la Purísima Concepción, hubo de convencerse la reina de la injusticia de su persecución, y dió libertad á la infortunada joven; mas ésta, obedeciendo á las promesas hechas durante su injusto cautiverio, pidió, como único favor, que la dejaran entrar en un convento, como lo verificó, siendo el elegido el de Santo Domingo el Real de esta ciudad, donde estuvo D.^a Beatriz algunos años hasta que la reina la concedió los terrenos y habitaciones que constituyeron el pequeño convento, de que va hecha mención al comienzo de este párrafo, que dejaba ver su pequeña silueta entre la esplendente vegetación de la vega toledana, que lame débilmente el aurífero Tajo.

* * *

El noble mancebo D. Juan de Ponce, en quien tomó cuerpo la calumnia y la bajeza para perder á D.^a Beatriz de Silva, la que por él siempre pedía al cielo, halló gloriosa muerte peleando contra los infieles en la vega granadina durante los preliminares de la toma de Alhama, á las órdenes del nunca bastante ponderado por su valentía y caballeridad D. Diego Ponce de León, marqués de Cádiz.

¡Acaso los ruegos y oraciones de aquella á quien tanto daño había hecho, llegando al cielo, le depararon tan honrosa muerte!





IX

Procesión de antaño

La multitud se apiñaba dentro de la catedral, con verdadera irreverencia. Hombres y mujeres, niños y ancianos, se apretaban y codeaban entre sí, elevándose sobre las puntas de los pies, para ver mejor la abierta puerta por donde había de entrar la procesión.

En las naves de la imponente iglesia, paseaban silenciosas varias personas de las más ilustres de Toledo; alguna anciana mascullaba sus rezos postrada de hinojos ante un altar que iluminaba triste lamparilla. Los pertigueros con sus lujosas vestiduras de seda los unos, con su ropón de terciopelo y paño encarnado los otros, golpeaban el pavimento con las pértigas ó varas de plata, avisando en esta forma al irreverente que pretendía pasar por el espacio comprendido entre la Capilla Mayor y el coro. Algún clérigo retrasado caminaba apresuradamente hacia la sacristía, en tanto que un grupo de frailes de los que no tenían cabida en la procesión, esperaban la llegada de ésta con el libro de rezos en la mano, leyendo y meditando acerca del sublime hecho que redimió al género humano.

Las capillas de la iglesia primada estaban desiertas; el silencio que en ellas había era profundo, la obscuridad casi completa, pues sólo iluminaban el templo los débiles rayos del sol poniente que penetraban por las artísticas vidrie-

ras de colores, que no estaban ocultas por los paños del monumento. Todo era, pues, silencio y obscuridad en el templo, y sólo se oía el ruido producido por las gentes que esperaban la llegada de la comitiva.

La procesión, en tanto, seguía la carrera ocupada por los vecinos de la imperial ciudad, y muchos de otras regiones de España, y aun extranjeros, que habían acudido á presenciar las sagradas ceremonias de Semana Santa, nunca con tanto lujo y esplendor celebradas como en aquel año, que lo era el 1772. La causa de tanta concurrencia, no era otra que el deseo que tenían propios y extraños de conocer al cardenal que en aquellos momentos gobernaba la diócesis, el nunca bastantemente celebrado D. Francisco Antonio Lorenzana, que poco antes había tomado posesión de la mitra, precedido de tan gran fama de saber, como de buen gusto artístico y caridad sin medida. Aún no había tenido ocasión de presidir ninguna ceremonia, y la que en aquella tarde se celebraba, fué la primera á que asistió, y por tal,

la primera ocasión que tuvieron la generalidad de los habitantes de Toledo para conocerle.

Conforme pasaba la comitiva, muchos corrían por laberínticas callejuelas y dando largos rodeos para presenciar nuevamente la procesión durante la vuelta que en la catedral daba, aumentándose por este modo, el apiñado grupo que, no sin dar muestras de impaciencia, esperaba largo tiempo antes.

Un gran murmullo se dejó oír; era la procesión del Santo Entierro, que de tiempo inmemorial salía de la parroquia de Santa Justa.

Por las solitarias y silenciosas naves comenzó su marcha. ¡Qué indescriptible efecto producía á los que, escondidos en obscura capilla ó apoyados en los elegantes pilares, presenciaban aquel fantástico espectáculo, en completo mutismo, sin otro ruido que el que producían al caminar los pies y las alabardas al arrastrar, todo repercutido en las altas bóvedas! ¡Las negras vestiduras y las altas caperuzas que ocultan completamente el rostro de los *capuces*, que

llevaban luces en la enguantada mano; las valiosas vestiduras, las blancas y rizadas sobrepellices de los sacerdotes; los hábitos toscos de distintos colores de los numerosos frailes y penitentes con la capucha echada sobre la cabeza y las manos ocultas entre las anchas mangas, semejan fantásticos seres y no parece sino que se asiste en sueños á días de pasadas edades.

Aquel año, como queda dicho, celebrábase la procesión del Santo Entierro con inusitada pompa.

Buen golpe de sacerdotes acudían al acto, y muchos frailes de las distintas órdenes que en Toledo vivían rodeaban las andas que algunos de ellos en hombros conducían, en las cuales se presentaban, no con muy buen gusto artístico, ciertamente, los distintos episodios de la sublime epopeya cristiana. Precediendo á la urna en que se simula descansando el cuerpo de Cristo, y como dándole guardia de honor, *los armados*, con sus relucientes y antiquísimas armaduras y sus elegantes cascos, marchaban con sus picas, lanzas y alabardas arras-

trando el regatón é inclinadas en señal de duelo; todos ellos, mandados por un capitán y precedidos del alférez con la bandera arrollada, llevada en la misma forma que las picas. Luego, entonando sus salmos y preces, el cabildo, compuesto de canónigos, dignidades, racioneros y capellanes de Reyes y Muzárabes, detrás el cardenal Lorenzana, con su seráfica expresión y su andar acompasado y grave, revestido de pontifical, dejando ver la roja sotana por bajo de la bordada y riquísima capa pluvial de tanto valor material como artístico, bendiciendo con paternal cariño al pueblo prosternado de hinojos al paso del príncipe de la Iglesia.

Los curiosos cruzaban en todas direcciones con objeto de ver una vez más la silenciosa comitiva, la cual, perdiéndose á lo lejos, con las luces reflejando en las bruñidas armaduras, los negros ropones, las diversas notas de color de los trajes, parecía una fúnebre fantasía; como si los magnates de la Iglesia y de las armas que en la catedral descansan, hubieran arrojado las enormes losas que cierran sus sepulturas, y saliendo de las



capillas en que están situadas caminaran en cumplimiento de algún voto, ó como evocaciones de algún genio.

* * *

El ruido era cada vez más lejano; poco á poco fueron saliendo de la catedral todos aquellos que, momentos antes, se codeaban y apretaban para ver mejor la procesión que venía. No tardó en quedarse el templo completamente solitario. Únicamente las estatuas yacentes sobre los viejos sarcófagos, con la estabilidad de la piedra, permanecían en sus sepulturas. Las tinieblas eran completas; la luz no lograba abrirse paso en las altas ventanas. A poco, aquel misterio, aquella indescriptible y sublime emoción que en el alma causaba tanta belleza como la catedral presenta al declinar la tarde y cuando la noche comienza, fué interrumpida por un ruido metálico desagradable, siempre precursor á la clausura del templo, que, al cerrar sus puertas, guarda en su recinto los alientos de la apiñada multitud.

Era el llavero que se disponía á cerrar las puertas de la catedral.

* * *



Pasados algunos momentos, y de regreso la procesión en la iglesia de Santa Justa, situada en la calle del mismo nombre, casi todos los que en uno ú otro sitio presenciaron su paso, animaban con sus conversaciones y paseos el célebre Zocodover, donde era costumbre este día en el siglo pasado terminar la tarde, luciendo allí su celebrada hermosura las toledanas y sus donaires los mancebos

que arrastraban los manteos por las aulas de Toledo, ó se dedicaban á distintas profesiones, en cuyo grato paseo permanecían hasta el toque de oraciones, oído el cual, los paseantes se disgregaban en distintas direcciones, encaminándose á sus respectivos domicilios, en los cuales se encerraban y de los que no salían hasta las primeras horas del sábado de Gloria.





X

Casi todas las regiones de España tienen casas campestres rodeadas de flores, escondidas entre la espesura, bajo la sombra de elevados árboles, y las más de ellas lamidas por cristalino arroyo ó tranquilo riachuelo. Allí, los que habitan la ciudad acuden en determinados días, cuando la lucha de la vida moderna se lo permite, para pasar unas horas de asueto respirando el oxígeno que en las poblaciones falta y admirando la esplendidez de la naturaleza, ora las esbeltas flores en las

mañanas primaverales, ora buscando la sombra entre las asperezas en las tardes estiales. Reúnense en tales fincas los días de placer cuando se necesita solemnizar algún acontecimiento importante en la familia, y se oyen por doquier las risas de bellas mujeres unidas á las ingeniosas frases de los hombres y el júbilo rebosa por los semblantes de cuantos gozan de tales expansiones.

Fincas de recreo, jardines esmeradamente cultivados, casitas blancas de liliputienses proporciones, flanqueadas por ventanas cubiertas de enredaderas y de madreselva y puerta defendida por añosa parra, reciben nombres diferentes según las regiones, y son en la vieja Castilla las *Riberas*, en Aragón las *Torres*, en Andalucía los *Cármenes*, en Valencia las *Alquertas*, en la parte occidental las *Granjas* y en Toledo los *Cigarrales*.

En todas las fincas de recreo cuyas denominaciones preceden, existen bellezas, ya naturales, ya producto de perseverante trabajo; mas las de los *cigarrales* no pueden compararse á ningunas. Los *cigarrales* son ellos solos en España

para comprender sus encantos es preciso estar en Toledo; visitar minuciosamente alguno de ellos; contemplar esa pétrica muralla que rodea la imperial ciudad, haciendo *pendant* al río; ver esos prodigios de cultivo en la roca pelada sobre la que levantan sus descarnados brazos los almendros, y su siempre triste verdura los olivos; admirar las perspectivas que se descubren desde los elevados cerros en que tiene su asiento; hojear su historia; oír sus tradiciones; imaginar las hermosuras de diversos orígenes, de distintas religiones, de diferente sangre que habrán paseado arrogantes y amadas por las peladas rocas y entre las flores de los *cigarrales*; recordar las terribles tragedias en ellos acaecidas; fingir la presencia de tanto poeta y tanto sabio como en las soledades de retirados *cigarrales* elaboraron prodigiosos poemas, tiernas poesías, maestras obras de ciencias, inmortales libros de historia. Sólo así podrá formarse idea de lo que han sido y son las fincas, donde los toledanos esparcen su ánimo y dan paz á su espíritu, contemplando, por una parte, la ciudad de

los concilios, por otra la esplendente vega bañada por el Tajo, hasta perderse allá en el horizonte, y el azul purísimo del cielo, desde el que envía radiante sus dorados rayos el sol.

Aparte de las bellezas que los *cigarrales* toledanos encierran, de las mil preciosidades que en perspectiva se divisan desde ellos, han tenido excepcional importancia, para cuanto con las artes y las letras de la imperial ciudad y de España misma se relaciona. Mansiones de placer, retiros ideales, puntos de reunión, según hemos dicho antes, en los días de placer para la familia ó la amistad, celebrábanse en ellos animadas, discretas é ingeniosas diversiones; improvisábanse allí sobre el mullido césped, entre las flores de diversos colores, tiernas escenas, sencillos idilios, debidos al ingenio de ilustres poetas que más de un día dieron de gloria á su patria, Toledo, é inspirados músicos, escritos, verso y música para representarse durante las calurosas siestas en el pintoresco *cigarral*, bajo añosos árboles que prestaban fresca sombra, en cuya representación

tomaban parte las personas más distinguidas é ilustradas de Toledo.

Mas aquellas fiestas, en las cuales era á porfía el intento de los dueños de los



cigarrales por obsequiar á sus huéspedes, hasta el punto de ser proverbial en los anales de la

galantería la que ellos demostraban, reunían un carácter marcadamente literario. Allí las más ilustres notabilidades se reunían y celebraban sabrosas pláticas, reñidos torneos poéticos; allí también las cuestiones literarias tenían acabada

discusión, en las cuales se anatematizaban los procedimientos de ogaño puestos en práctica por los Lope de Vega, los Tirso de Molina, y tantos otros; allí, los poetas, rendían culto á las musas en el idioma del Lacio, y para que nada faltara, no se celebraba una fiesta sin que la hubiera notable de comedia, representándose, ora en el jardín, teniendo por techo el azulado cielo tachonado de estrellas, (pues esta fiesta ponía término á las del día) y sobre la verde grama, ora dentro de la misma casita, cuantas notables comedias, entremeses y loas estrenaban en los coliseos de la villa de Madrid, los más famosos comediantes que á la sazón existían.

¡Qué encantos laberínticos de letras ingeniosas! ¡Qué maravillas de invención para esparcir el ánimo se verificaban sobre las tranquilas aguas del Tajo, llenando de admiración á cuantos presenciaban semejante espectáculo, ya fueran personas de humilde condición, ya de ilustración no común! ¡Qué deliciosos días pasaron en los toledanos cigarrales, por los primeros años del siglo xvii,

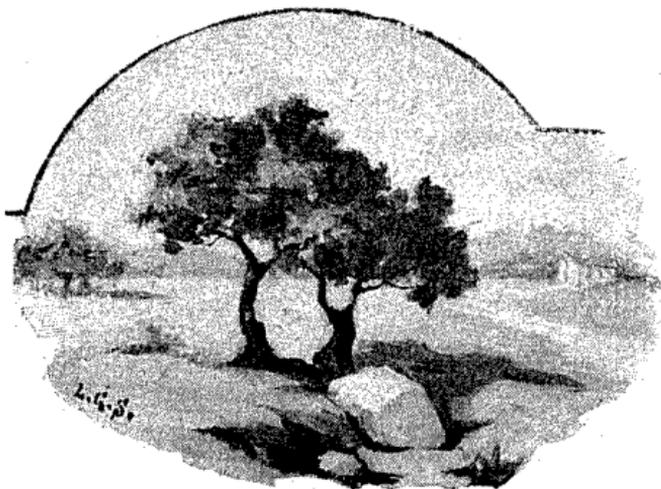
nuestro desgraciado Baltasar Eliseo de Medinilla, nunca bastante llorado, vate *muerto á manos de quien menos debiera*; el maestro Tirso de Molina; el gran Lope de Vega, admiración de propios y extraños; el Conde de Mora; el aún leído con agrado juriconsulto Jerónimo de Cevallos; el doctoral D. Tomás Tamayo de Vargas, y tantos otros cuya enumeración sería prolija!

* * *

De todo el esplendente pasado de los *cigarrales*, sólo queda el recuerdo en las páginas amarillentas de los viejos libros, en las poesías de los que de tales placeres disfrutaron, en algunas tradiciones no olvidadas por el pueblo. En la actualidad, quedan únicamente las bellezas naturales, las hermosas vistas, los indescripibles panoramas, es decir, aquello que no puede desaparecer, porque es debido á su propia esencia; lo demás, lo que en los *cigarrales* puso la mano del hombre, ya generalmente no existe.

A los espléndidos jardines, cuya detallada descripción con vivos colores nos

hacen Medinilla, Lope de Vega, Tirso de Molina y tantos otros, han sucedido la pelada roca, sin apenas cultivo, donde crecen raquíticos y miserables algunos almendros, albaricoqueros y olivos. A las casas artísticamente aderezadas, ha sucedido la humilde morada del cigarralero. Las grandes, artísticas y fastuosas fiestas que en los *cigarrales* se celebran, han quedado reducidas á alguna que otra merienda, motivo para pasar la tarde entre bostezos, mirando una vez más el horizonte que se divisa á lo lejos. El sonido de musicales instrumentos se ha reemplazado por la monótona canturria, chabacana y grosera del vulgo de las ciudades modernas, á los delicados gustos de los hombres de otro tiempo, han sucedido los bajos gustos del *burgués*.





XI

Los alrededores de la vieja *Puerta del Cambrón* (1) veíanse ocupados por animados grupos. Comentábase en ellos, á su manera y en distintos tonos, un suceso de alta importancia que, desde días antes, preocupaba, muy justamente, por cierto, á los habitantes de todas clases y religiones que existían en Tolaitola: de un momento á otro esperaban divisar por

(1) En el sitio que ocupa la puerta de este nombre, existía desde el tiempo de los godos otra con igual denominación. La actual fué edificada en 1576 sobre el mismo sitio, dedicándose á Santa Leocadia.

la parte septentrional de la misma al nuevo *wazir* Amrû.

Formados tales grupos por cristianos, cuya fe les permitían los dominadores musulmanes practicar, por los principales magnates de la secta de Mahoma y por judíos, discutíase en animado consorcio de tan heterogéneos elementos la posibilidad de próximas contingencias, aún más graves que las acaecidas poco tiempo antes, que produjeron disturbios, algaradas y motines que ensangrentaron las calles de la hermosa ciudad rodeada por el Tajo.

Que no eran tales temores infundados se demostraba al saber que el nuevo gobernador, cuya fama de sanguinario y cruel corría por todos los territorios y reinos cristianos y musulimes, venía á sustituir á su hijo Jussut-ben-Amrû, encerrado aún no hacía mucho tiempo en la fortaleza de Chadraque (Jadraque) por las personas más notables de Toledo, cansadas de sufrir las genialidades, demasías y crueldades llevadas á cabo por el joven wazir, olvidando el innoble miedo demostrado por él mismo en otro

popular levantamiento ocurrido contra él por semejantes razones, que fué sofocado por aquellos que más tarde, convencidos de que tal auxilio fué atribuído á obligado acatamiento, pues las injusticias aumentaron, hubieron de penetrar con justa indignación en el propio palacio del gobernador, apoderáronse de su persona y diéronle merecido alojamiento en la prisión arriba mencionada.

—Son de temer las horribles venganzas que ha de tomar el padre por el justo castigo aplicado al hijo, á quien considerará como víctima de imperdonable afrenta,—decía un anciano de lengua barba, que por la clase de vestido denotaba bien á las claras pertenecer á la constantemente perseguida raza hebrea.—Hoy mismo consistirá el descanso del wazir en hacer duro escarmiento, y muchos de los que aquí nos encontramos, acaso cuando la luna comience á enviar sus pálidos reflejos á la tierra, habremos llegado á la presencia de Jehová.

—Algo hay que hacer,—contestó un joven de negros ojos, enjuto rostro, que con noble apostura vestía airoso jaique.

—No hemos de entregarnos cual indefensos corderillos al alfanje menos terrible que la cólera, el corazón y la venganza de Amrû.

—Es imposible que Alhakem, el poderoso, el magnánimo, el predilecto de Alá, pueda permitir semejante venganza con pueblo con él tan preferido como este de *Tolaitola*. Antes bien, supongo yo que, convencido el padre del justo enojo y merecido castigo de su hijo Jussuf, se proponga disculparle con nosotros, y á este fin envía á Amrû, el poderoso Alhakem para, dadas las satisfacciones que nos son debidas, tener propicios á estos moradores á no intentar ninguna revuelta que ponga en peligro su dominación en lugar tan apetecido y estratégico como éste.

—De todos modos, hemos de tardar poco en enterarnos. Lo que procede como segura precaución es hallarse dispuestos, tanto nosotros los cristianos cuanto vosotros, y aun esos perros de judíos, para vender cara nuestra vida, y luchar sin tregua ni descanso por libertarnos de esta odiosa dominación; en cuya em-

presa, yo os aseguro, no han de tardar en prestarnos su ayuda los poderosos reinos leoneses.

En estas y parecidas conversaciones



se encontraban los toledanos en los alrededores de *Cambrón*, cuando lucida comitiva de jinetes atravesó la puerta. Al frente del escuadrón, montando airoosamente, á pesar de los años, arrogante caballo, el nuevo walí se distinguía saludando cortesmente á cuantos grupos hallaba al paso. Nada denotaba en Amrú

disgusto ni malquerencia. Por el contrario, agradable sonrisa delataban sus delgados labios; la mirada aparecía tranquila; en su rostro bilioso, que las arrugas propias de la ancianidad surcaban, aparecía la satisfacción del que, adorando un pueblo, penetra en él después de forzada ausencia.

El recibimiento hecho al wazir por los toledanos fué frío y cortés. No cabían en su carácter los rebajamientos del servilismo, ni las humillaciones del que teme. Antes bien, parecía su actitud en consonancia con la resolución adoptada de antemano: paz, si el wazir era justo; guerra, si se dejaba arrastrar por la venganza y los instintos sanguinarios que le eran propios.

* * *

Días y meses transcurrieron desde que Amrû se hizo cargo de la gobernación de *Tolaitola*. Durante este largo tiempo nada dió á conocer que tuviera enojo con sus habitantes por los pasados sucesos contra su hijo. Generoso como pocos, justiciero sin vacilación, deseoso de la

amistad de los toledanos, procuraba el wazir demostrar que si en la guerra gozaba justa fama de cruel y sanguinario, en la paz y encargado del gobierno de un pueblo, había de adquirirla de padre amantísimo de sus gobernados, político sagaz y juez recto é inflexible. No pudieron los toledanos dirigirle el menor reproche durante este tiempo, no obstante la prevención conque todos sus actos fueron mirados desde su llegada. Nadie se acercó á Amrû con pretensión justa, que no la viera al punto satisfecha.

En los corrillos y reuniones, tanto de cristianos cuanto de moros y judíos, los comentarios eran muchos. ¡Cómo! ¿Corazón tan noble era el del sanguinario Amrû que comprendía la justicia de las resoluciones tomadas por los toledanos contra Jussuf, que hacían olvidar al padre el correctivo puesto al hijo? Indudablemente que era así. Ante la realidad de los hechos no podían nada los recelos de los más desconfiados.

Por tan fundados motivos, por tan plausible conducta, las prevenciones contra el gobernador fueron desvaneciéndose

poco á poco. Los más descontentadizos tuvieron que reconocer que jamás había estado la ciudad en más brillante estado ni mejor gobernada que lo estaba á la sazón. La riqueza aumentaba, la seguridad personal estaba garantida, las estrechas y tortuosas callejuelas llamaban la atención por su limpieza; cristianos y judíos practicaban libremente sus respectivos cultos; ningún acuerdo de importancia se tomaba, ninguna disposición se dictaba por el wazir, y que á los intereses de Toledo se refiriera, sin que fueran antes convocadas y consultadas las personas más notables. A éstas, en particular, tenía en tan grande aprecio el gobernador, que asistían continuamente, sin diferencia de religión, á cuantos festines, reuniones y diversiones de cualquier clase se celebraban en el palacio del representante del Emir, á la salida de cuyos actos, como era natural y lógico los invitados y concurrentes á ellos convertíanse en pregoneros de las bondades y excelencias de quien tales consideraciones les guardaba. En una palabra: Amrû llegó á tener la más íntima amistad

y á gozar de la más absoluta confianza del pueblo toledano y en particular de sus magnates.

* * *

Una mañana viéronse sorprendidos los toledanos con la presencia de buen golpe de caballería mora. Componíanla cinco mil jinetes, que, al mando del joven Abderrahmán, quien apenas contaba tres lustros, se dirigían, por orden de Alhakem, padre de tan novel capitán, hacia Zaragoza.

Hizo alto la tropa en el famoso castillo de Galiana, en las afueras de *Tolaitolx*, donde, como era propio, salió á saludar y presentar sus respetos al príncipe el wazir Amrû, acompañado de las personas de mayor rango que la ciudad albergaba dentro de sus muros. Las mayores reverencias, zalemas y cortesías hicieron al hijo del Emir uno y otros; y, haciéndose el primero intérprete de los deseos de cuantos le acompañaban, invitó á su señor á dar descanso al cuerpo y reposo al alma dentro de tan querida ciudad

como era Toledo para los soberanos cordobeses.

De perlas pareció la idea á Abderrahmán, y gustoso aceptó tan lisonjero ofrecimiento.

Con la mayor comodidad acampó acto continuo á su hueste; de ella escogió los mejores para su guardia, y al frente de los escogidos, y seguido de cuantos á saludarle salieron poco antes, hizo el príncipe su entrada en Toledo, caminando por las estrechas calles entre gritos y aclamaciones de la multitud, á través de la cual dificultosamente se abría camino, en tanto que desde ajimeces, terrados y agujeros le dirigían curiosas miradas las recatadas y hermosas toledanas; que fama de valiente y gentil apostura tenía el mancebo, no obstante su corta edad.

Al palacio del wazir caminó en derecha Abderrahmán, y en él encontró albergue digno de su prosapia. Estaba situada tan hermosa mansión al oeste de Toledo, sitio denominado Montichel (San Cristóbal), muy cercano al barrio ocupado por los judíos, sobre la colina de aquel nombre, la más elevada de las



siete sobre que, á semejanza de Roma, se halla levantada la imperial ciudad.

Todas las personas de posición y mérito visitaron al príncipe, haciendo protestas de consideración y respeto, y muzárabes y judíos, extranjeros y moros manifestáronle su contento por la inmejorable manera como el gobernador ejercía tan difícil cargo. Aquél, por su parte, procuró hacer gozar á su señor de cuantos placeres le sugería su meridional imaginación para producirle contento. Las excursiones por la hermosa Vega y las zambras, músicas y canciones; los encantos de las más hermosas mujeres de su harem; todo proporcionó aquellos días al joven príncipe.

Gustábale, sobre todo, á éste el hermoso palacio en que recibía albergue. Las onduladas ventanas, las esbeltas columnas de mármol y alabastro, los artesonados techos pintados de oro y rojo, el alicatado de los muros, las marmóreas fuentes que en los patios refrescaban el ambiente por el agua que de sus surtidores salía, las pintorescas vistas que desde sus azoteas se disfrutaban, el encauzado Tajo, que a

los pies del palacio se deslizaba mansamente; el purísimo y diáfano cielo, el lujo y la comodidad que por doquier reinaba en aquella mansión, hacíale olvidar las no menos espléndidas moradas y alcázares que en la hermosa Córdoba habían servido para que se deslizaran los primeros años del adolescente, quien consideraba este palacio toledano mucho más hermoso que cuanto hasta entonces viera (1).

A tantos encantos uníase el cariño, respeto y consideración que le demostraban cuantas personas veía; las zambras y cañas que en su obsequio tenían lugar de continuo; las visitas á las *madrisas*, ó escuelas, y las necesarias á las mezquitas

(1) Nada se conserva de tan renombrado palacio, y aún se ignora positivamente cuál sea el solar sobre que estuvo enclavado, aunque se sabe que está cerca del sitio que hoy se denomina Paseo de San Cristóbal. La descripción que de él hacemos es, como se comprende, al no existir datos seguros, completamente imaginaria y teniendo en cuenta la forma y construcción de las casas toledanas en aquel tiempo y las preciosas vistas que desde tan elevado sitio como en el que estaba enclavado, se disfrutau.

á la hora de la *Azala* (oración) en todos cuyos actos revelábase ya la gran dulzura de carácter, y la no común ilustración del descendiente de Mahoma, que años más tarde (el 822 de la era cristiana), había de suceder á su padre en el Emirato independiente de Córdoba, al que pertenecía entonces Tolaitola (1).

Brevemente transcurrió el tiempo tomado para descanso de la fatigada hueste que acompañaba á Abderrahmán. Tenía éste dispuesto todo para continuar su interrumpida excursión al siguiente día, y Amrû, como despedida y último obsequio, acordó dar aquella noche un espléndido banquete en su palacio, invitando al mismo á cuantas personas de distinción había en Toledo, fuesen muzárabes, mahometanos ó judíos.

Agradecieron tan señalada distinción los invitados, y al palacio del wazir,

(1) Efectivamente; Abderrahmán, segundo de este nombre, fué uno de los emires cordobeses de mayor ilustración, y que más contribuyeron al esplendor de las ciencias, las letras y las artes; así como al desarrollo material y la prosperidad de las poblaciones y territorios dominados por los árabes en España.

apenas ocultó el sol sus dorados rayos en el horizonte, encamináronse, vistiendo sus más preciadas galas y con el ánimo dispuesto á pasar agradablemente la velada.

Uno á uno transponían los umbrales del palacio. Al hacerlo individuos de la guardia con la mayor consideración y respeto, les conducían, no al sitio del festín, ocupado sólo por el príncipe y los secuaces de Amrû, sino á un subterráneo apartado, donde el corvo alfanje, manejado por crueles asesinos, segaba las gargantas de los magnates toledanos, sin que nadie se apercibiera de tamaña felonía. Más de ochocientas (1) personas pagaron con su vida la parte que tomaron en la prisión y destitución de Jussuf, cuyo sanguinario padre estuvo meditando preparando tan cruel y terrible venganza durante largo tiempo, llevándola á

(1) A cinco mil ascendió el número de degollados, según afirma Conde y creec Pisa. El ilustre y moderno historiador de Toledo señor Martín-Gamero fija el número aceptado por nosotros en este trabajo, resultando, aun con esta más baja cifra, un castigo verdaderamente ejemplar para los toledanos.

cabo (1) cuando las huestes de su soberano (con cuyo asentimiento, según opinión de algunos, se realizó este crimen) le aseguraban la impunidad.

* * *



A las primeras luces que el nuevo día enviaba sobre Toledo, pudieron ver sus habitantes con atónitos ojos el espectáculo más terri-

ble que imaginarse puede. Colocados en grandes garfios sobre las almenas del palacio de Montichel, estaban las cabezas de los más nobles toledanos, cualquiera que fuera su religión, para servir de escarmiento á aquellos que

(1) Ocurrió esta horrible matanza en el año 190 de la Hégira, 805 de Jesucristo.

trataran de sublevarse contra los walfes. Ni una sola persona de las invitadas al banquete la noche antes por Amrû escapó con vida (1).

El mismo día, Abderrahmán, seguido de sus huéspedes, abandonaba Tolaitola, cruzando por las solitarias calles que semejaban las de un pueblo abandonado, divisando los fúnebres despojos con que engalanaba su gobernador los puntos más salientes de su alcázar. Amrû y su hijo Jussuf sobrevivieron poco tiempo á tan bárbara carnicería, cumpliéndose así el castigo providencial á que se habían hecho acreedores.

(1) Hay quien supone que, burlando uno de los detenidos á sus asesinos, puso á la ciudad en alarma, aprestándose los toledanos para tomar venganza con las armas en la mano, de su cruel gobernador. El historiador Martín-Gamero, antes citado, niega que ocurriera este levantamiento, tanto por no ser posible llevarse á cabo, dada la presencia del ejército que al príncipe acompañaba, y haberse hecho creer á los musulmanes ser castigo impuesto por orden del Emir, cuanto que nada refieren de tal levantamiento los historiadores y escritores árabes. Tan autorizada opinión seguimos nosotros, según se vé en el texto.



Hace pocos años todavía cuando en un contrato se establecía la obligación de dar casa en Toledo para vivienda á alguno de los que en él intervenían, se ponía como primera condición que no había de darse en el barrio de Montichel. Este barrio, desde la matanza realizada por Amrû, considerábanle los toledanos como lugar maldito, en el que únicamente se atrevieron á vivir los judíos, gitanos y gentes de su jaez. Tal impresión causó la *noche toledana*, que á través de los tiempos y en todos lugares de la península se conserva aún tal calificativo para aquellas en que al desvelo se unen hechos terribles para quien es protagonista de ellos; bien que sin saberse, generalmente, el origen de tan célebre frase.



Apéndice

Apéndice

LISTA ALFABÉTICA

DE LOS ARMEROS MÁS PRINCIPALES DE TOLEDO

- 1 (1) Alonso de Sahagún, *el viejo*. Vivía
año de 1570.
2. Alonso de Sahagún, *el mozo*.
3. Alonso Pérez.
4. Alonso de los Ríos. *Labró también
en Córdoba.*
5. Alonso de Caba.
6. Andrés Martínez, *hijo de Zabala*.
7. Andrés Herralz. *Labró también en
Cuenca.*

(1) Estos números corresponden con los que tienen las marcas del grabado de las páginas 36 y 37.

8. Andrés Munestén. *Labró también en Calatayud.*
9. Andrés García.
10. Antonio de Baena.
11. Antón Gutiérrez.
12. Antonio Gutiérrez.
13. Antonio Ruiz. *Labró también en Madrid y usó la cifra de su nombre.*
14. Adrián de Zafra. *Labró también en San Clemente.*
15. Bartolomé de Nieva.
16. Cacaldo y el Campanero, compañeros. *Labraron también en Cullar y Badajoz.*
17. Domingo de Orozco.
18. Domingo Maestre, *el viejo.*
19. Domingo Maestre, *el mozo.*
20. Domingo Rodríguez.
21. Domingo Sánchez, *el tijerero.*
22. Domingo de Aguirre, *hijo de Ortuño.*
23. Domingo de Lama.
24. Dionisio Corrientes. *Labró también en Madrid.*

25. Fabián de Zafra, *hijo de Adrián.*
26. Francisco Ruiz, *el viejo.*
27. Francisco Ruiz, *el mozo, su hijo, hermano de Antonio.*
28. Francisco Gómez.
29. Francisco de Zamora. *Labró también en Sevilla.*
30. Francisco de Alcozer. *Labró también en Madrid.*
31. Francisco Lurdi.
32. Francisco Cordui.
33. Francisco Pérez.

34. Giraldo Réliz.
35. Gonzalo Simón.
36. Gabriel Martínez, *hijo de Zabalá.*
37. Gil de Almán.

38. Hortuño de Aguirre, *el viejo.*

39. Juan Martín.
40. Juan de Leyzalde. *Labró también en Sevilla.*
41. Juan Martínez, *el viejo.*
42. Juan Martínez, *el mozo.*
43. Juan de Almán.

44. Juan de Toro, *hijo de Pedro de Toro.*
45. Juan Ruiz.
46. Juan Martínez de Garata, Zabala, *el viejo.*
47. Juan Martínez Menchaca. *Labró también en Lisboa.*
48. Juan Ros.
49. Juan Moreno.
50. Juan de Salcedo. *Labró también en Valladolid.*
51. Juan de Meladocia.
52. Juan de Vargas.
53. Juanes de la Horta. Vivía en 1545.
54. Juanes de Tolledo.
55. Juanes de Alquiniva.
56. Juanes Muleto.
57. Juanes, *el viejo.*
58. Juanes de Ariza.
59. Julián del Rey. *Labró también en Zaragoza y usó otras marcas, entre ellas la famosa del Perrillo.*
60. Julián García. *Labró también en Cuenca.*
61. Julián de Zamora.

-
62. José Gómez, *hijo de Francisco Gómez.*
63. Jusepe de la Hera, *el viejo.*
64. Jusepe de la Hera, *el mozo.*
65. Jusepe de la Hera, *el nieto.*
66. Jusepe de la Hera, *el biznieta.*
67. Jusepe del Haza, *hijo de Silvestre Nieto.*
68. Ignacio Fernández, *el viejo.*
69. Ignacio Fernández, *el mozo.*
70. Luis de Nieves.
71. Luis de Ayala, *hijo de Tomás de Ayala.*
72. Luis de Velmonte, *hijo de Pedro de Velmonte.*
73. Luis de Sahagún, *hijo de Alonso el viejo.*
74. Luis de Sahagún, *Sahaguncillo, hermano del anterior.*
75. Luis de Nieva. *Labró también en Calatayud.*
76. Lopus Aguado, *hijo de Juanes Muleto. Labró también en San Clemente.*

-
77. Miguel Cantero.
78. Miguel Sánchez, *hijo de Domingo*.
79. Miguel Suárez. *Labró también en Lisboa.*
80. Nicolás Hortuño de Aguirre, *nieto de Hortuño.*
81. Pedro de Toro.
82. Pedro de Arechiga.
83. Pedro López. *Labró también en Orgaz.*
84. Pedro de Lezama. *Labró también en Sevilla.*
85. Pedro de Lagaretea. *Labró también en Bilbao.*
86. Pedro de Orozco.
87. Pedro de Velmonte.
88. Roque Hernández.
89. Sebastián Hernández, *el viejo*. *Vista en 1637.*
90. Sebastián Hernández, *el mozo*. *Labró también en Sevilla.*
91. Silvestre Nieto.
92. Silvestre Nieto.

-
93. Tomás de Ayala. 1625.
94. Zamorano, *el Toledano*.
95.
96.)
97.) No se sabe quien usó estas marcas.
98.)
99.)



Índice

DEDICATORIA.	5
I. INTRODUCCIÓN.	7
II. La calle de las Armas.	17
III. El mesón de la Fruta.	39
IV. A la luz de la luna.	59
V. ¡Santiago y libertad!	77
VI. <i>Nemine discrepante</i>	103
VII. El Cristo de la Vega.	125
VIII. Doña Beatriz de Silva.	143
IX. Procesión de antaño.	155
X. Los Cigarrales.	165
XI. Noche toledana.	173
Apéndice.	191

Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo



ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO
DE SALVAT É HIJO,
EL 31 DE MAYO
DE 1898